Tierra baja

14

TIERRA BAJA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERÁ

TRADUCIDO DEL CATALÁN

POR

JOSÉ ECHEGARAY

MADRID
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES	ACTORES
MARTA	SRA. GUERRERO.
ANTONIA	» DOMÍNGUEZ.
PEPA	» ALVERÁ.
NURI	» RUIZ.
MANELICH (1)	SR. DÍAZ DE MENDOZA.
SEBASTIÁN	» GARCÍA ORTEGA.
EL ERMITAÑO (Tomás)	» DONATO JIMÉNEZ.
MOSÉN	» CIRERA.
JOSÉ	» DÍAZ.
NANDO	» CARSI.
PELUCA	» TORNER.
MORRUCHO	» ROBLES.

(1) Se pronuncia Manelik

ADVERTENCIA

Casi todas las palabras van escritas correctamente; pero los actores deben embastecerlas.

Así se dirá: *entavía*, en vez de *todavía*.

Sus digo, por *os digo*; y en vez de *para*, *pa*.

Enjamás, donde diga *jamás*. *Denguno*, por *ninguno*.

Manque, en lugar de *aunque*.

Todas las terminaciones en *ido* se convertirán en *ío*; así: *perdío*, por *perdido*, etc.. Y las en *ida* en *ía*.

Casi todas las terminaciones en *ado* se sustituirán por terminaciones en *áo*; como *abandonáo*, por *abandonado*.

Las en *ada*, análogamente.

Y así en general.

Véase lo que á este propósito se explicó minuciosamente en la traducción del drama MARÍA-ROSA.

ACTO PRIMERO

Entrada de una casa-molino de payeses. A la derecha, una puerta pequeña. A la izquierda, en primer término, el hogar; y en segundo, otra puerta, también pequeña.

Al foro, y á la derecha, puerta grande, tras de la cual se ve un cobertizo, y más lejos, árboles y rocas. Hacia esta parte se supone que está el molino.

A la izquierda del foro, y avanzando un poco, una puerta que conduce al interior de la casa; se sube por unos cuantos escalones, y está cubierta por una cortina de percal que llega hasta el suelo.

Por la escena, y hacia la derecha, hay esparcidas herramientas del molino, sacos de trigo, etc., etc.

En primer término, una mesa de pino, y sobre ella un velón apagado; alrededor algunas sillas de madera.

ESCENA PRIMERA

EL MORRUCHO, cribando trigo; después, PEPA y ANTONIA; por último, NURI

Morr. Bastante me importa á mí que el trigo quede limpio ó que no quede limpio. Para el amo va á ser, conque ¿qué más da?

Pepa. (Entra con un cestito de judías). Buenas tardes.

Morr. ¡Ya están ahí esas! Las perdigonas.

Antonia. (Entrando). ¡Hola, Morrucho!

MORR. (Indiferente). ¡Hola!

PEPA. Venimos á hacer compañía á la Marta, ¿sabes? Mentira parece. El molino... pegadito á nuestra casa; y si nosotras no viniéramos... ¿verdad?

MORR. (Cribando siempre). ¡Verdad!

ANTONIA. (Llamando). Somos las perdigonas. Sal, mujer.

MORR. ¡Me parece que no sale! De modo que si venís á curiosear... no hay de qué... ya os podéis marchar.

PEPA. ¿Conque marcharnos? ¡Ahora verás! (Se sienta y empieza á mondar las judías). Ayúdame, Antonia.

ANTONIA. (A Pepa, en voz baja). Pregúntale lo de la boda.

PEPA. (A Antonia, también en voz baja). ¡Espérate!

ANTONIA. Anda, mujèr.

PEPA. (En voz alta, á Morrucho). Conque di, ¿se casa, ó no se casa la Marta?

MORR. (Sin hacerles caso, se pone á tararear una canción).

«Á la puerta de la iglesia
esperando está la novia.»

. . . .

PEPA. Pero contesta, hombre: ¿se casa, ó no se casa?

MORR. Pues contestad vosotras: ¿os casáis, ó no os casáis?

ANTONIA. ¿Á ti qué te importa?

PEPA. ¡Mira con lo que sale!

MORR. ¡Es que ya vais para viejas! ¿Cuántos años tenéis? Vamos, ¿cuántos? ¡La verdad!

ANTONIA. (Muy incomodada). Tenemos los que nos da la gana.

MORR. ¡Eso quisiérais!

ANTONIA. ¡Es que nosotras...!

PEPA. (Conteniéndola). Monda judías, mujer.

MORR. Monda... monda.

PEPA. Pues... mira... Morrucho, en lo que decíamos no hay malicia.

MORR. Ni en lo que yo decía tampoco. ¿Que si se casa la Marta, decíais? Y yo digo: ¿os casáis vosotras? Y lo digo por interés vuestro. Para que no se pierda la casta de los perdigones, que es... como os llaman: los perdigones. Porque mira: se casa tu hermano mayor José, y á

los cuatro días se queda viudo. Y Nando, ó Fernando, soltero todavía. Y vosotras dos, solteras, que estáis al que salte, y no salta ninguno. De modo que si no se casa la Nuri cuando sea mayorcita, se acabaron los perdigones.... (Vuelve á cribar, riéndose descaradamente). Y sería una lástima.

PEPA. Lo que tú tienes es rabia porque no te has podido casar con la Marta.

MORR. (Cantando).

«Á la puerta de la iglesia...»

PEPA. Canta, canta, que ya habrás tragado saliva. Cuando murió el padre de la Marta, tú dirías para ti: Ahora me caso con ella, y soy el molinero, y soy el marido de la molinera...

MORR. (Cantando).

«Á la puerta de la iglesia...»

ANTONIA. Allí estás esperando; pero no llega la novia.

PEPA. ¡Qué poca vergüenza tienes, Morrucho!

MORR. Cada uno tiene la vergüenza que le dejan tener los demás.

NURI. (Presentándose en la puerta y deteniéndose en ella. Viene haciendo una samarra, que así parece que llaman en Cataluña á los chaquetones de punto). Ya he recogido mis pavos. ¿Entro?

ANTONIA. Entra, mujer.

NURI. Es que como me reñís cuando vengo á buscar á la Marta... tengo reparo en entrar; y vengo porque ella, la Marta, me quiere más que me queréis vosotras.

PEPA. ¿Quieres callarte, charlatana?

NURI. Oye tú, Pepa, ¿quieres cogerme estos puntos de la zamarra? Al venir, como venía tan aprisa, la enganché en unas zarzas.

PEPA. ¡Miá tú que llamarle á esto zamarra!

NURI. Pues yo la llamo así.

PEPA. Déjate de charlar, y cuenta.

NURI. ¿Qué he de contar?

PEPA. Pues ¿á qué te mandamos á la ermita, cabeza de veleta?

NURI. ¿Á mí me mandásteis?... ¡Ah!... sí... Pues... no estaba el ermitaño. La ermitaña sí que estaba. Me ha dicho unas cosas... ¡qué cosas me ha dicho la ermitaña!

ANTONIA. (Con afán). ¡Á ver! ¡á ver!

NURI. Pues... me ha dicho: «Todo eso que ves, todo, todo es del amo Sebastián: la casa en que vivís vosotras (la nuestra, quería decir), y la ermita, y el molino, y la masía, todo es del amo.» ¡Ave María purísima, cuánta tierra!

PEPA. ¡Vaya una noticia!

ANTONIA. Y ¿no te ha dicho más?

NURI. ¡Ya lo creo! Esperáos, esperáos que me vaya acordando. Me ha dicho que si caminaba desde aquí hasta mañana, todas las tierras por donde pasase serían del amo Sebastián. Veréis, veréis. Agarro un pájaro: pues tengo que soltarlo, porque es del amo Sebastián. Pasa una lagartija: pues no puedo aplastarla con una piedra, porque es del amo Sebastián. Veo un pez en el río: pues no puedo echarle el anzuelo, que si se le mete por las agallas, es como si se le metiese al amo Sebastián por la garganta.

ANTONIA. Pero qué tonterías dices.

PEPA. De la boda de Marta es de lo que habías de preguntar.

NURI. Pues como hace cuatro días que han llegado Tomás y la ermitaña, su mujer, la ermitaña, no sabe nada de esa boda.

PEPA. Y ¿dónde estaba el ermitaño?

NURI. ¡Ah!... Se había ido á buscar al pastor.

ANTONIA. ¿Á qué pastor?

NURI. Á ese... que viene de muy lejos á casarse esta noche con la Marta.

PEPA. ¿Esta noche?... ¿Oyes, Antonia?

ANTONIA. ¡Ya me lo temía yo!

MORR. (Volviendo á cribar). ¡Ya lo averiguaron!

PEPA. Y ¿quién le dió el encargo á Tomás de traer al pastor? Fué Sebastián, ¿no es verdad?

NURI. ¡Déjame á mí!... (No queriendo contestar).

ANTONIA. ¡Cuenta, chiquilla!... ¡Si no...!

NURI. Pues el amo, el amo. El amo *de tú*, y *de mí*, y de Tomás, y de la Marta. ¡Los casa porque quiere y por que es el amo! Cógeme este punto. (Alargando la samarra).

ANTONIA. (Al Morrucho). Tú no querías que lo supiéramos. (El Morrucho se ríe).

PEPA. Pues ya lo sabemos, y á la boda hemos de ir, ¡aunque revienten todos!

MORR. ¿Á mí qué?

NURI. Pues yo... ya lo sabía que la Marta era del amo, y que en mandando él que se casara... se había de casar.

PEPA. ¿Qué dice ésta?

NURI. Que lo sabía: que un día lo oí. Pero no os dije nada porque me daba vergüenza. No sé por qué... pero me daba.

ANTONIA. Cuenta... cuenta...

PEPA. Sí, cuéntalo.

NURI. Pues veréis. Una tarde estaba yo con mis pavos á la sombra de los castaños, y veo venir por el camino de abajo al amo Sebastián con la Marta, y voy, ¿y qué hago? me escondo detrás de un tronco muy grande. Ellos pasando despacito, y yo escondida. Y ella, Marta, decía casi llorando: «Ya lo sé, ya, que siempre tendré que ser tuya.» (Imitando la voz llorosa de Marta). Y él, el amo: «Pues yo, aunque te cases y aunque me case yo, siempre tuyo: no tiene remedio.» (Imitando la voz gruesa de Sebastián). ¿Habéis oído? ¡Qué cosas! La Marta, bueno, ya se sabe que es del amo, como todos nosotros; ¡pero el amo ser de la Marta! Esto sí que no lo entiendo. ¿Lo entendéis vosotras?

PEPA. ¿No te lo decía yo, Antonia?

ANTONIA. Claro; si ya se sabía.

MORR. ¡Hasta los chiquillos han de enterarse!

NURI. Pero ¿me queréis explicar cómo puede ser el amo de la Marta?

MORR. Cállate, chiquilla.

NURI. Pues ¿no lo sabéis vosotras? Pues ¿por qué no he de

saberlo yo? ¡Él de ella, y ella de él! ¡Anda, que esto está más enredado que los puntos de la zamarra!

MORR. Cállate, que viene la Marta.

ESCENA II

MARTA, PEPA, ANTONIA y NURI; después, JOSÉ y NANDO

Las mujeres creen que Marta vendrá por la puerta que da al interior, y hacia ella se agrupan; pero Marta viene de fuera, avanza hacia el centro con la cabeza baja, y al fijarse en el grupo de las mujeres, se mete de pronto en la casa por la puerta pequeña de la derecha.

ANTONIA. (La ve cuando ya está para entrar). ¡Toma, si viene del molino! ¡Nosotras creíamos...!

PEPA. Á ver qué dice cuando nos vea... ¡Marta! (Llamando).

ANTONIA. ¡Va rezando!...

PEPA. ¡Marta! ¡Marta!

ANTONIA. ¡Que somos nosotras!...

PEPA. ¡Pues no hace caso!...

MORR. (Se va hacia el molino). Ya os pondría yo las lenguas entre las piedras del molino.

PEPA. Pues á tu boda iremos, que quieras que no, ¡poca vergüenza! (Como hablando con Marta, que ya salió).

NURI. Eso, ¡á la boda! para que aprendamos cómo hay que hacer para casarse.

ANTONIA. Hay que avisar á José y á Nando.

PEPA. Ya están aquí. (Entran José y Nando con herramientas y muy agitados).

JOSE. ¡Lo sabemos todo... lo sabemos!... ¡Ya... ya!...

NANDO. Esta noche se casan; que muy en secreto lo han preparado: los papeles y el cura, y todo.

PEPA. También lo sabíamos nosotras.

JOSE. Nosotros antes, que nos lo ha dicho Peluca.

ANTONIA. Antes nosotras, que nos trajo la noticia la Nuri.

PEPA. Se lo contó la ermitaña.

NANDO. Y á Peluca el ermitaño mismo.

PEPA. ¿Tomás?

NANDO. Tomás.

ANTONIA. Que está ahí dentro la Marta emperifollándose. (Para que no levanten la voz).

JOSE. (Bajando la voz). ¡Como que á mí me engaña nadie! Hace tiempo que el amo le buscaba marido á *esa*. Pero no lo encontraba. Querían los dos un marido que fuese muy bruto, y más bruto que los de por aquí... no lo encontraban.

PEPA. Sigue...

ANTONIA. Sigue, José...

NURI. Á ver... á ver... si yo lo entiendo...

JOSE. Esperáos, que me atraganto. Pues Tomás, que llaman el ermitaño, y que es un infeliz sin malicia, le dijo al amo que conocía un chico, que es pastor, que siempre había vivido entre rebaños, allá por el cerro de la Cabreriza, y que es un pedazo de pan. Y como el amo oyó hablar de Manelich, que así se llama el pastor, echóse á reir, porque ya le conocía: como que el rebaño de Manelich es de Sebastián. Y fué y dijo que, como el chico quisiera, era cosa hecha. Y así se ha verificáo, que esta noche se casa Manelich con la Marta.

ANTONIA. Ya será él un sin vergüenza.

PEPA. Como ella... otra sin vergüenza.

NANDO. Un bruto, un animal, que en toda su vida no ha visto más que cabras; casi ningún hombre; y mujeres... ni las ha olfateado tan siquiera. Fuera de sus padres... las cabras.

PEPA. Pues si Marta es la primera, ¡buena mujer se lleva!

ANTONIA. ¡Buena... buena!...

NURI. ¡No digáis vosotras! ¡Que Marta es muy buena y me quiere mucho! Un día me dijo llorando que cuando chica era igual que yo.

PEPA. ¡Igual que tú!

ANTONIA. ¡Ya quisiera!

NURI. ¡Pues no, que sería igual que vosotras!...

PEPA. Cállate, simple.

ANTONIA. Sigue, sigue tú. (A José).

JOSÉ. Si no queda nada por contar. Cuando Tomás subió á la Cabreriza, se paró á echar un trago en casa de Peluca, y se lo contó todo; y Peluca se lo ha contado á todo el mundo, y cuando menos lo piensen, se encontrarán con todo el pueblo en la boda. Ahí tenéis.

PEPA. ¡Buen papel hace Tomás!

NANDO. ¡Si el pobre viejo no sabe nada de eso de Sebastián y la Marta; si hace cuatro días que tiene la ermita!

ANTONIA. Pues yo se lo contaré.

JOSÉ. ¡Sí, charla, charla, y que el amo nos quite la casa y las tierras!

PEPA. (A Antonia). ¡Nosotras, mudas!

JOSÉ. El amo siempre tiene razón.

NANDO. Pa eso es el amo.

JOSÉ. ¿Estamos? ¡Bestias!

PEPA. ¡Pues mira que vosotros...!

ANTONIA. ¿A quién llamas bestias?

JOSÉ. ¿A quién estoy viendo, á vosotras? Pues á vosotras.

NANDO. ¡Eso, á lo que se ve! (Hablan todos á un tiempo disputando con calor).

NURI. Callaos, que viene la Marta.

MARTA. (Entrando). Fuera de aquí. Todo el mundo fuera.

PEPA. Si ya lo sabemos, mujer.

MARTA. Que os vayáis, digo.

JOSÉ. Es que veníamos...

MARTA. A vuestra casa. (Coge las espuertas y se las tira al cobertizo).

ANTONIA. ¡Ay, mis judías! ¡Qué fiera!

PEPA. ¡Vaya unos modos! ¡Ni que fueras *el ama*!

MARTA. ¡Fuera... y pronto!

ANTONIA. Ayúdame, Pepa, á coger las judías... que la Marta está hoy de fiesta... (Entre ella y Pepa recogen las judías).

PEPA. ¡Ya voy... ya voy... pues para ser el día de la boda estás buena!

MARTA. Si es que no quiero ver á nadie.

NURI. ¿A mí tampoco? Yo soy la Nuri.

MARTA. Sí... ven... dame un beso. (La besa llorando). Toma... y déjame.

NURI. Pobrecilla... Muy afligida está... Si me ha mojado toda la cara. (Salen todos).

ESCENA III

MARTA

¡Pues no estoy llorando! ¡Tantos años sin que se me mojasen los ojos! Y yo ya creía que se me había olvidado llorar. (Pausa). Yo debía haberle dicho siempre á Sebastián que no, que no; que á la fuerza no había de llevarme á la iglesia ese hombre. (Pausa). ¿Por qué no? Si yo no soy nadie: para él nunca he sido nadie Yo siempre he sido para él á manera de las bestias. ¡Ay, madrecita mía, que estás en la gloria, cómo me veo! ¡Que me he de casar! ¡Y que me he casar! Que me dejen, si quiero estar sola: ahora que he aprendido á llorar, me basta con esto para consolarme. Si... si... como Sebastián me viese estas lágrimas, buena tunda me daba el malas entrañas... No; pues á él tampoco le gusta que me case: á su modo, me tiene voluntad... porque si no, no tenía más que echarme. ¡No me veré yo en esa! ¡Libre de esta esclavitud! Yo soy muy mala; si no fuera tan mala, cien veces me hubiera escapado de esta casa ó me hubiera tirado al remolino de la presa... ¡Pero cá! Si yo no tengo coraje para nada bueno. (Pausa; llora como una niña). ¿Qué es eso? ¡Alguien viene! ¿Qué ruido es ese? ¿Será Manelich? ¡Ah! ¡No quiero verle!... (Huye hacia el interior).

ESCENA IV

NURI, TOMÁS, MORRUCHO, PEPA y ANTONIA

NURI. (Entra saltando delante de todos). El ermitaño: el ermitaño.
TOMÁS. ¡Ay, ay! ¡Qué cansado vengo, Morrucho!
MORR. Pero... ¿qué es eso, Tomás? ¿No viene el pastor?

TOMÁS. De camino viene; sino que el pobre chico se retrasa algo porque ha tenido que quedarse aleccionando al zagal que ha de cuidar del rebaño. De modo que podéis avisar á la Marta y mandar tocar las campanas.

NURI. Yo la avisaré: yo.

MORR. ¡A ver! aquí todas: ya vendrá ella cuando quiera venir.

TOMÁS. Cuando pienso que yo he sido el que ha hecho esta boda, me da una alegría.

ANTONIA. ¿Y á Manelich, le da alegría también?

TOMÁS. ¡El pobrecillo está como si *volviera á nacer!*

PEPA. Pues yo he oído decir que es un alcornoque.

ANTONIA. Un bobalicón.

MORR. (Aparte). Yo se lo cuento todo al Tomás.

TOMÁS. ¿Quién ha dicho eso? Manelich es un ángel de Dios: más bueno... que el pan blanco... con un corazón de manteca... y unos brazos... que lo mismo puede ahogar con ellos á un hombre que á un lobo, y no sería el primero.

NURI. Pues á mí, sin conocerle, me parece que ha de ser muy bueno y muy guapo.

PEPA. ¡Cállate, chiquilla!

ANTONIA. Pero... cuenta, cuenta tu viaje.

TOMÁS. (Muy alegre). Pues nada: llegué al amanecer, y me lo encontré todavía dentro de la cerca, en medio de las cabras y cantando; cuando me sintieron los perros, rompieron á ladrar, y Manelich se agarró á la escopeta; pero en cuanto me vió, se puso á saltar de gozo, porque está más encariñáo con la Marta...

NURI. Cuando se está encariñáo, ¿se salta? ¿Y qué hay que hacer para encariñarse?

TOMÁS. ¡Qué curiosa eres, chiquilla! Eso no se enseña ni en la doctrina, ni en la escuela. Ya lo aprenderás tú solita. Manelich no lo sabía, pues ya lo aprendió; y todo el día se pasa diciéndole cosas á la Marta.

ANTONIA Pues ¿cómo es eso? ¿La Marta sube á la Cabreriza?

PEPA. ¡Vaya una mujer... ir á buscar al novio! ¿Oyes, Antonia?

TOMAS. No lo entendéis. Es que Manelich le ha puesto el nombre de Marta á una de las cabras, y todo el día se lo pasa llamándola: ¡Marta aquí! ¡Marta allá!... ¡Pues la cabra aprendió el nombre, y acude! ¡Es cosa de risa!

PEPA. ¡Vaya un simple!

ANTONIA. Por simple lo escogieron.

TOMAS. ¡Basta de charla, que el chico debe estar para llegar!

NURI. Sí: vamos á recibirle. (Todos se dirigen hacia la puerta).

ANTONIA. Vamos, vamos.

NURI. Sal de prisa.

PEPA. Vamos pronto.

MORR. Espérese, Tomás. (Salen las tres mujeres).

TOMAS. (A Morrucho). ¿Qué hay?

MORR. Oiga. No estuvo usted nunca por aquí, ¿verdad?

TOMAS. No, hijo.

MORR. ¿Ni en casa del amo?

TOMAS. Tampoco. Yo trabajaba unas tierras del tío de Sebastián, allá, cerca de la ciudad; pero ya no podía... porque me voy haciendo viejo, ¡y Sebastián nos dió la ermita para mi mujer y para mí!

MORR. De modo... ¿que no sabe usted nada?

TOMAS. ¿De qué?

MORR. Pues... de la boda.

TOMAS. Pues ya te lo dije todo; y, habla claro, que no te entiendo.

MORR. Claro va á ser: atienda. Que si Manelich es un simple, como dicen, no se debe casar con la Marta; y si no es un simple y tiene vergüenza... menos.

TOMAS. Lo que tú tienes es envidia.

MORR. ¡Envidia yo! Aunque me diesen á la Marta forrada en oro, no la tomaba; y sepa, por si no lo sabe, que estoy buscando otro amo. Pero es que entre todos están ustedes haciendo una picardía.

TOMAS. Mira lo que dices.

MORR. Pues aprenda lo que no sabe; y si no sabe la historia de Marta, apréndala.

TOMAS. Pues dímela tú.

MORR. Bien corta es, pero ya tiene que contar. Marta era una chicuela que pedía limosna por esos mundos con su padre, ó uno que decían que era su padre, y Sebastián los recogió á los dos, y al viejo le colocó en este molino. ¡Buenas entrañas tiene el amo!

TOMAS. ¡Obra de caridad fué, mala lengua!

MORR. ¡Buena obra de caridad! Pues ¿no sabe todo el mundo que la Marta y el Sebastián...? ¡Ea!... ya me entiende usted.

TOMAS. ¡Eso es mentira!

MORR. No se haga usted el bobo.

TOMAS. Te digo que mientes.

MORR. Y yo digo que Sebastián la casa para cubrir el escándalo y por que así le conviene; porque sepa usted, que Sebastián tiene comprometidas las haciendas y comprometidos los rebaños, y la justicia se va á echar encima de todo. Conque él está para casarse con una ricachona, y hay que quitar del medio á Marta, que es un estorbo. ¿Lo entiende ahora?

TOMAS. Nada de eso es verdad. ¡Vete de aquí, mala lengua!

MORR. ¿Que yo soy un mala lengua? Lo que yo veo es que usted lo consiente.

TOMAS. ¿Que yo lo consiento? ¿Eso dices?...

MORR. Sí que lo digo.

TOMAS. ¡Ah, tunante!

MORR. Pues lo digo, y ya veremos quién es más tunante de entre todos.

ESCENA V

MANELICH, MORRUCHO, TOMÁS, PEPA, ANTONIA, NURI, JOSÉ, NANDO y PELUCA. Hombres y mujeres con trajes de fiesta; pero las mujeres sin nada á la cabeza. Gritos y algazara fuera.

JOSE. (Desde la puerta del cobertizo). ¡Ya está aquí Manelich!

MORR. (Aparte). El tonto soy yo, que me meto en lo que no me importa.

GRITOS. ¡El novio! ¡El novio! ¡Manelich!

PEPA. (Entrando). Pero ¿no sale la Marta?

ANTONIA. Esa mujer ¿qué hace?

NANDO. (Con dos ó tres aldeanos). ¡El novio, el novio!

MANEL. (Entrando). ¡Y vaya si está aquí el novio! ¡Y corriendo que viene como un gamo!

NURI. (Entrando). Dejadme que le vea, que le quiero ver.

TOMAS. (A Manelich). Conque ¿has venido corriendo?

MANEL. (A Tomás). ¡Vaya si he venido corriendo! Pero... ¿dónde está... dónde está?...

PEPA. ¡Marta! ¡Marta! ¡Que te llama tu novio!

ANTONIA. ¡Sal, mujer!... ¡Que al novio no se le puede hacer esperar!

TOMAS. ¡Ahora saldrá! Tened paciencia.

MANEL. (Mirando á los que le rodean). ¡Y cuánta gente hay en el mundo, madre de Dios! ¡Si parece que estamos en una romería! (Todos se ríen; él va corriendo á mirar por la puerta que da al interior, y luego vuelve al centro). Conque ¿todos estáis contentos? Pues yo también; pero no quiero pensar en la montaña, porque como piense en la montaña.... me voy á poner triste. Claro; allí me dejo mis cabras y mis perros, y los pobres animales me quieren como á un hermano, aunque me esté mal el decirlo. ¡Ay! Tomás, ¡qué mal lo van á pasar no estando yo allí! ¿Quién los va á defender del lobo? ¡Ya hará de las suyas el maldito! Pues mirad, esto me da mucha pena. (Todos se ríen, y al fin Manelich se echa á reir candorosamente. Luego vuelve á mirar por la puerta de la izquierda, por si viene Marta).

NURI. ¡Ay, qué gracia tiene este demonio de hombre, y qué bueno es!

TOMAS. Vamos, descansa...

MANEL. Yo no me canso. Oigan: ¿por aquí no baja nunca el lobo?

MORR. Algunas veces. Ya lo verás, si Dios no lo remedia. (Todos ríen maliciosamente y se hacen señas).

MANEL. (Mirándolos). Qué alegres estáis. ¡No parece sino que todos nos vamos á casar!

TOMAS. Basta de broma. Dejad tranquilo al chico, y fuera.

MANEL. No; que no se vayan. Y cuando ella venga, entonces que se vayan. Es guapa la Marta, ¿eh? (Va recorriendo los grupos atolondradamente, preguntándoles á todos si es guapa la Marta).

PEPA. Vaya si es guapa; y muy fresca.

JOSE. ¡Muy fresca, sobre todo!

ANTONIA. Ya lo creo; ¡como una lechuga puesta al sereno!

MANEL. Y ¿por qué no sale?

ANTONIA. Se estará lavando la cara.

MANEL. Para mí se la lava. (Todos se echan á reir).

ANTONIA. Sí; para ti. Para ti se la lava, y hace bien. ¡Que se lave, que se lave con fuerza!

PEPA. Oye, para entretener el tiempo, ¿no nos quieres contar cómo se apañó eso de la boda?

MANEL. ¿Por qué no?

JOSE y mucha gente:

Cuenta, cuenta.

ANTONIA y otras:

Que lo cuente, que lo cuente.

NURI. (Poniéndose á su lado). Yo, aquí, para oirlo mejor.

MANEL. (Se sienta sobre la mesa; tiene á su lado á Nuri, y de cuando en cuando la acaricia; al fin pone las piernas sobre la mesa, como si fuera sobre una roca de la montaña). Pues señor; habéis de saber que allá en la montaña, en cuanto iba á anochecer, lo primero que hacía era recoger mis cabras; ¡pobrecillas! Después ponía mis perros de centinela, que se quedaban con la cabeza tiesa y las orejas de punta. ¡Más nobles y más valientes! Luego, me metía en la choza, y antes de que me cogiera el sueño, todas las noches, sin faltar una, rezaba: primero, un Padrenuestro, y luego, otro Padrenuestro, que son dos Padrenuestros. El primero, por las almas del padre y de la madre, que, como se querían tanto, con uno bastaba para los dos, porque ellos se lo repartirían allá en la gloria. Y el otro Padrenuestro, ¿sabéis para qué lo rezaba? Pues era para que nuestro Señor me esco-

giese una buena mujer. (Todos se ríen. Morrucho se ha marchado al cobertizo. Tomás está aparte y cabizbajo. Manelich se enfada porque se ríen). No reirse de esto; que no es cosa de risa. (Vuelven á reirse). Pues al que vuelva á reirse le suelto una bofetada que se queda con la boca de risa para ocho días.

TOMAS. (Aparte). Pero ¡si yo no puedo creer esto! ¡Virgen Santísima! Si no puedo creerlo

NURI. Sigue, sigue; que es muy bonito lo que cuentas.

MANEL. (Poniendo otra vez la cara risueña). Sí que lo es; sí. Bueno: pues figuraos que una noche voy y rezo el Padrenuestro de los padres, y empiezo el otro y no lo acabo; que á la mitad me coge el sueño y me quedo dormido. Pues aquella noche soñé que el rebaño se me espantaba y que corría desbandado hacia las charcas del Breñal. Yo, persiguiendo al rebaño, y el rebaño huyendo delante de mí; conque me desciño la honda, pongo un guijarro, y allá va por los aires. Y el guijarro va á caer en el centro de la charca grande, y el agua empieza á rebullir y á rebullir y á echar hacia arriba así como un humo espeso y negro; y por en medio del humo salían unos ojos y unos brazos y unas faldas muy largas que arrastraban por encima del agua, y que no se acababan nunca; que yo no sé si todo aquello eran brujas ó no eran brujas. Y una de aquellas visiones se hizo muy hermosa, que parecía la Virgen que va en la procesión. Y yo me puse de rodillas y acabé de rezarle aquel Padrenuestro que no acabé de rezar al quedarme dormido; pues con esto me dormí ya del todo y no supe si era una bruja ó era la Virgen. Sólo sé que me dijo que pronto me casaría. (Todos murmuran: «*Sí... sí... brujerías son, Manelich*»). Y aquella misma mañana, por entre la niebla, vi subir la cuesta, en tres mulas, tres personas de carne y hueso: el amo, Tomás y la Marta. Me faltó tiempo para degollar un cabrito, espatarrarlo en el fuego... ¡y venga reir! Conque aún nos lo estábamos comiendo, cuando me llamó el amo apar-

te y me dijo: «¿Estás contento con ser pastor, Manelich?» Y yo le contesté: «Pues claro; lo que siempre he sido.» Y él: «¿No te gustaría más ser molinero?» Y yo: «No sé... no sé.» Y él: «¿Y no te gustaría casarte con una chica guapa?» ¡Me dió no sé qué! «Toma, digo, si ella me quisiera, y en siendo guapa de veras.» ¿Te acuerdas? (A Tomás).

TOMAS. Sí... Marta se había apartado conmigo para que hablases con el amo.

MANEL. Eso, y el amo me dijo en voz muy baja: «A *esa* y á su padre los recogí yo... y les di el molino que está junto á mi casa... y el padre murió... y hace falta un hombre en el molino... Conque mira si quieres casarte con la Marta... que papeles y gastos, y todo, corre de mi cuenta.» Conque yo me acerqué á la Marta y me pareció que me gustaba, que me gustaba mucho; ¡pero mucho! Y le dije al amo «que bueno, que me casaría.» Entonces el amo se acercó á ella, y yo detrás del amo. Y el amo le preguntó si me quería; y ella con la cabeza dijo *que sí*. Yo quise *reirme*; pero la vi tan llorosa, que me pareció más propio lloriquear; pero no pude y rompí á reir tan fuerte, que retemblaron los montes y se espantaron las cabras y empezaron á ladrar los perros. Bueno, pues ya éramos novios. (Esto lo dice con sencillez).

ANTONIA. Qué suerte has tenido, Manelich.

PEPA. ¡Buena suerte! Dios te la conserve y te la *aumente*.

MANEL. Claro. Ya estaba hecho. De modo que aquella noche ya no recé más que un Padrenuestro; porque mujer ya la tenía. Y ahora, ¿qué os parece lo del sueño? ¿fué la bruja, ó fué la Virgen? (Todos se ríen).

NURI. ¡La Virgen! ¡La Virgen!...

MORR. (A Tomás). ¡La bruja!...

TOMAS. ¡Calla!

ESCENA VI

DICHOS; SEBASTIAN y MOSEN (el mayordomo); después, MARTA

NURI. ¡El amo... el amo!

SEBAST. ¿Llegó Manelich? (Morrucho se va al cobertizo).

MANEL. Aquí estoy, señor amo. Déjeme que le bese la mano.

SEBAST. No. Quita. ¿Y la Marta?

TOMAS. Por allí.

SEBAST. Anda, Mosen, que salga. (Vase Mosen).

MANEL. (A Tomás). ¿Quién es ese? (Por Mosen).

TOMAS. El mayordomo. Empezó á estudiar para cura... y por eso le llaman *el Mosen*.

SEBAST. Ya lo tengo todo dispuesto... papeles y todo... El cura llegará en seguida... os casáis en la ermita... y listos.

MANEL. Yo no sé explicarme, señor amo... pero si no fuera por el respeto... y por el miedo de apretar demasiado... ¡le daba un abrazo, señor amo! (Conmovido).

SEBAST. Bueno, gracias; luego. (Rechazándole).

MOSEN. (Saliendo). Que viene en seguida.

SABAST. ¡Marta!... (Llamando impaciente).

TOMAS. (En voz baja). Quisiera que hablásemos, Sebastián.

SEBAST. No; luego. ¡Marta! Gracias á Dios que viene esa mujer.

MARTA. ¡Qué prisa!

SEBAST. Ya tienes aquí á Manelich.

MARTA. Si es la hora... vamos.

MANEL. ¿Y nosotros?... ¿No nos decimos nada? (A Marta).

MARTA. (Aparte). Me da más repugnancia que Sebastián.

MANEL. (A Tomás). ¡Le doy vergüenza!

PEPA. (Aparte á Antonia). Se casa á la fuerza.

ANTONIA. ¡Como que parece que está llorando!

SEBAST. (Acercándose á Marta y en voz baja). Quiero que le hables.

MARTA. (A Sebastián). ¡Por Dios, Sebastián!

SEBAST. Lo mando.

MARTA. (Con risa forzada, á Manelich). Yo estoy muy contenta. ¿Y tú?

MANEL. (Riendo). Pues ya lo ves.

SEBAST. Dile algo más, Marta.

MARTA. No.

SEBAST. (A Marta). ¡Cuidado, Marta; cuidado!

MOSEN. (Aparte á Sebastián). Calma, calma. (En voz alta). Y ¿no se pone el novio el traje nuevo?

SEBAST. Es verdad; hay que vestir al buen mozo con el traje de boda. (Todos se echan á reir, y dicen unos y otros: *«Al buen mozo, al buen mozo»*).

MANEL. Pues no hay que reirse. Si es ser buen mozo tirar piedras con la honda más lejos que nadie, y saltar de peña en peña como las cabras, y llevar á Marta á cuestas por las pasaeras del río cuando se derriten las nieves, sí que soy buen mozo.

(Peluca y Nando reventando de risa):

PELUCA. Pues anda, anda á vestirte, que vas á paecer un *lechuguino*, como aquellos señoriticos que vinieron de Madrid.

NANDO. Sí; que se ponga lechuguino.

PEPA. Que se ponga, que se ponga. (Todos se echan á reir).

ANTONIA. ¡Que vaya adentro, á ver cómo le ponen lechuguino!

MANEL. (Riendo muy fuerte). Bueno; pues lechuguino. (Después se contiene, y se va poniendo serio). Pero ¿qué quiere decir eso? ¿Por qué me has dicho tú eso? (A Peluca. Se arroja con rabia sobre él). Dilo, dilo. (Todos procuran separarlos. Las mujeres chillan). ¿Qué es eso que soy yo?

NANDO. ¡Hombre! yo no lo sé..

MOSEN. No te enfades, Manelich; lechuguino quiere decir currutaco.

MANEL. (Soltando á Peluca). ¡Ah! ¡Bueno! Eso es otra cosa. Haberlo dicho dende el principio. (De pronto estalla con nueva rabia). Pero ¿qué quiere decir currutaco? que tampoco lo sé. (Todos se echan á reir. Carcajada general). Pues os hago pedazos si no me contestáis. (Se prepara á acometerlos. Todos retroceden).

SEBAST. ¡Manelich!

MARTA. (Aparte). ¡Qué vergüenza! Pues ¿no le tienen miedo?

MANEL. Pues ¿no me enfadaba yo?

SEBAST. Vamos; en este cuarto tienes el vestido nuevo.

MOSEN. En aquel cuarto está.

MANEL. Pues vamos, que me voy á poner majo y eso que decías, que ya no me enfado por que me lo digáis, que hoy no quiero enfadarme por nada. (Se van todos por la puerta de la derecha).

PEPA. (A las demás mujeres). Vamos á mirar por la ventana.

ANTONIA y las mujeres:

Vamos, vamos. (Se van por otra puerta).

TOMAS. Sebastián, tengo que hablarte.

SEBAST. Espérame allá fuera, que en seguida voy.

TOMAS. Pues allá espero. (Vase por el foro).

SEBAST. (A Mosen). Entretenle tú, y que esté todo preparado en la ermita; y cuando lleguen, que los casen sin esperarme... será mejor...

MOSEN. El Morrucho se lo ha charlado todo á Tomás.

SEBAST. Pues despídele al Morrucho. Oye: y que no se te escape el decirle á la Marta que Manelich no sabe nada. Es preciso que la Marta crea que Manelich es consentidor de todo esto. ¡Así le despreciará más!

MOSEN. No tengas cuidado.

SEBAST. Ahora déjame con ella. (Todo esto lo dice en voz baja).

ESCENA VII

MARTA y SEBASTIÁN

Marta ha estado de codos sobre la mesa y con la cabeza entre las manos en todo el final de la escena anterior.

SEBAST. ¡Marta!

MARTA. ¡Sebastián! Puedes tirar por donde quieras: no me caso con ese hombre.

SEBAST. No te gusta, ¿eh?

MARTA. No.

SEBAST. ¡Ya! Tú quisieras un marido que te arrullara. Tú di-

rías: «Año nuevo, vida nueva.» Tú ya no te acuerdas de mí ni de nadie. Tú no te acuerdas de cuando te saqué de en medio del aguacero como se saca una ranilla de un charco. Tú ya no me quieres, Marta. (Marta retrocede con espanto).

MARTA. Sebastián, ¡por Dios! no me cases con ese hombre. Te lo pido por el alma...

SEBAST. ¡Deja en paz á los muertos! Conque ¿te repugna Manelich?

MARTA. Mucho.

SEBAST. ¡Pues si eso es lo que yo quiero! ¡Si tú no sabes la alegría que me das! Pues ¿piensas tú que si te gustase, te había yo de dejar casar con él? ¡Aunque me costase la hacienda y la misma vida, no te habías de casar!

MARTA. ¡Virgen Santísima! ¡Que se haya encontrado un hombre que, siendo yo como soy y sabiéndolo él, haya querido casarse conmigo! ¡Si es pa morirse de vergüenza! ¡Por él, y por ti, y por mí, y por todos!

SEBAST. Pues ahí tienes; se encontró el hombre.

MARTA. Yo era una chicuela cuando te conocí, y no soy lo que soy por interés, bien lo sabes. A mí no me compraste tú, y á él le compras: ¿á qué precio? no lo sé; pero le compras.

SEBAST. No media dinero, Marta, eso no. Le dejo el molino... y, en fin, ya no se morirá nunca de hambre. Pero tú no te des por entendida con él. (Se oye una carcajada de los que están dentro).

MARTA. No me caso. ¡Antes me voy; antes me tiro por la presa del molino!

SEBAST. Ni te vas, ni te tiras por la presa, ni te separas de mí. ¡Si yo te quiero! A mi manera, malamente, como sea; pero te quiero. Y no quiero que me dejes de querer; ¡si aunque me hagan pedazos, yo no te dejo! Pero ya lo sabes; lo sabes como yo; que estoy perdido: que necesito casarme con esa mujer pa desempeñar mis haciendas y levantar las hipotecas y los embargos. Y hay más: mi tío, en cuanto te cases, rompe el testa-

mento en que me desheredaba. De modo que ya lo ves: hay que tener calma y juicio, y que engañar á todos esos, que aún son peores que nosotros, y peores que yo; porque yo, al fin, sé querer, y te querré hasta la hora de mi muerte; y si fuera preciso, me perdería por ti.

MARTA. Sebastián, no me cases, que yo me iré y te quedarás libre de mí sin mentira y sin vergüenza y como manda Dios.

SEBAST. ¿Marcharte? ¿Perderte? (Cogiéndola por un brazo con rabia). Eso sí que no. Aunque se pierda todo, y aunque nos perdamos todos: tú te quedas, y te casas con ese bestia, y me obedeces, bien á bien por el cariño, ó mal á mal por el miedo; que después de tantos años, no has de perder la costumbre en un día; conque responde: ¿Obedecerás?

MARTA. ¡Sebastián!

SEBAST. ¿Obedecerás? ¡Contesta!

MARTA. ¡Sebastián! ¡Me haces daño!

SEBAST. ¿Obedecerás, te digo? ¡Mira que no me conoces, aunque crees conocerme!

MARTA. ¡Déjame!... ¡Déjame!... Me das mucho miedo. Obedeceré, sí, obedeceré. (Sebastián la deja, y se estira las mangas de la chaqueta).

SEBAST. Vaya si obedecerás.

ESCENA VIII

MARTA, SEBASTIÁN, MANELICH, JOSÉ, NANDO, PELUCA y otros HOMBRES. Después, PEPA, ANTONIA, NURI y otras MUJERES, por el foro. Después, TOMÁS y MOSEN

NANDO. (Saliendo el primero). Que no quiere ponerse el traje nuevo.

JOSE. (Parándose en la puerta). Que no quiere ponerse lechuguino.

MANEL. No quiero; se ríen de mí. Y además me da pena quitarme mi zamarra. Ea, dejadme pasar; ni el rebaño cuando hay pedrisco se me echa más encima que vosotros.

SEBAST. Pues bueno; de cualquier modo. ¡Marta, vamos andando! (Marta vacila). ¡Marta!

MARTA. ¡Sí, sí! ¡Ya voy! Pero entre nosotros todo se ha acabáo.

SEBAST. (Aparte). ¡Se ha acabado! Sí, sí; esta noche volveré.

NANDO. En cuanto se casen echo á vuelo la campana de la ermita.

NURI. Toma la mantilla, Marta.

MARTA. ¡Nuri, Nuri!

NURI. ¿Verdad que me quieres mucho? (Abrazándola).

MARTA. Déjame que te mire. (A Nuri). Dame un beso... No... déjame.

SEBAST. A la ermita todo el mundo.

TOMAS. (A Sebastián en voz baja; van saliendo todos). No: hasta que yo hable contigo, no pueden casarse.

SEBAST. Déjales que se vayan. Hasta que yo no llegue, no ha de ser la boda...

MOSEN. (Aparte á Sebastián). Conque ¿qué hacemos?

SEBAST. (A Mosen). Ve con ellos y que se haga la boda como te he dicho, sin esperarme á mí. Yo entretendré á Tomás.

MANEL. ¡Hupa! ¡Hupa! ¡Allá va el rebaño! ¡Allá va el rebaño! ¡Hupa! ¡Hupa! ¡Allá va la cabrota! (Se va entre la gritería de todos).

ESCENA IX

SEBASTIÁN, TOMÁS y MORRUCHO, que habrá entrado al final de la escena anterior.

SEBAST. ¡Morrucho! Vete á la boda.

MORR. ¡No voy á esa boda!

SEBAST. ¿Por qué?

MORR. Porque no: está dicho.

SEBAST. Pues coge los trastos, y fuera de aquí.

MORR. Eso sí.

SEBAST. Pero... en seguida.

MORR. Lo que tarde en recoger mis trapos. (Se va al interior de la casa).

SEBAST. (A Tomás). ¿Qué tenías que decirme?

TOMAS. Que no sé lo que me pasa.

SEBAST. Pues ya me lo dirás cuando lo sepas.

TOMAS. Es que me han dicho... no quisiera ofenderte... pero no hay tiempo que perder... ¡ea! ¡de un golpe!... que tú y la Marta os queréis... pero de mala manera. Y que á ese pobre muchacho... vamos, ¡si no quiero creerlo! Y como yo en esta boda he venido á ser como el padre y el padrino de Manelich... ¡vamos, que no estoy en mí! Hijo, no te ofendas; pero dime la verdad.

SEBAST. Pues la verdad es que todo eso es mentira.

TOMAS. Eso he dicho siempre. (Ha vuelto Morrucho con un lío de ropas y una manta, y dispuesto á marcharse. Al Morrucho). ¿Oyes tú, mala lengua?

MORR. Dije la verdad, y la dije.

SEBAST. Tú habías de ser; que no vuelva á verte.

TOMAS. (Al Morrucho). ¡Desagradecido! ¡Después de tantos años como estás comiendo el pan del amo!

MORR. No me diga usted desagradecido, que no lo sufro.

SEBAST. Largo de aquí, porque si no... (Amenazándole).

MORR. (Cuadrándose delante de Sebastián). Atrévase, que tengo buenos puños.

TOMAS. (A Morrucho). ¿Contra tu amo?

MORR. Ya no lo es, y ojalá no lo hubiera sido nunca.

SEBAST. ¡Vete, canalla!

MORR. ¡A mí canalla! Ahora verás. (Tira el lío y la manta). Sí; yo se lo dije á Tomás; pero no se lo dije todo: que tú y la Marta os queréis de mala manera; que entras aquí de noche, muy á escondidas, por la puerta del corral; que pasas por el corredor alto, por detrás de aquella cortina; que yo lo he visto.

SEBAST. ¡Déjame! (A Tomás que le contiene).

MORR. Que me condene Dios si miento. Y si no, que jure él que miento yo. A ver si lo jura.

SEBAST. ¡Vámonos, Tomás! Deja á ese tunante. (Se dirije hacia la puerta).

MORR. Que no jura, que no jura; ya lo ve usted; con eso me basta. (Recoge el lío y la manta).

ESCENA X

TOMÁS, MORRUCHO y el MOSEN

MOSEN. (Desde la puerta). Pero ¿qué haces aquí, Tomás? Tu mujer ha tenido que encender los cirios.

TOMAS. No, no; que no se casen.

SEBAST. Que no salga de aquí Tomás, lo mando. (Al Mosen. Después sale).

TOMAS. No, no; que no se casen.

MOSEN. ¿Qué dices? ¿A dónde quieres ir? (Deteniéndole).

TOMAS. A impedir que se casen.

MORR. Tomás, deprisa. (A Mosen). Déjale tú al abuelo.

TOMAS. No. ¡Dios mío! ¡Pobre Manelich! ¡Es imposible; no pueden casarse! (Toque de campana). ¡Ah! ¡La campana! ¡Ya es tarde! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Lo que hemos hecho con ese pobre muchacho! ¡Y he sido yo también! ¡Que Dios me lo perdone!

MORR. Con Dios, Tomás.

TOMAS. ¡Adiós, hijo mío! dame un abrazo.

MORR. ¡Adiós, abuelo! perdóneme lo malo que le haya dicho. Adiós. (Vase el Morrucho. Tomás ha caído sobre un banco. El Mosen ha salido á la puerta á esperar á los que llegan. Se oye el rumor de la gente).

TOMAS. (Aparte). ¡Parece que me han echado un nudo á la garganta, y que me han puesto una plancha de fuego en la cara! (Vase desesperado).

VOCES. ¡Vivan los novios! ¡Vivan los novios!

MOSEN. Ea, muchachos: se acabó la fiesta; todo el mundo á su casa.

MANEL. Parece un rebaño desparramáo... Cabras aquí; cabras allá. ¡Lástima de honda!

MOSEN. (Sale el último y dice desde la puerta). Ahora, cerrar vosotros, y hasta mañana.

ESCENA XI

MARTA y MANELICH

MANEL. (Mirando desde la puerta cómo se alejan). ¡Si yo tuviese aquí la honda y un buen guijarro, pronto arreglaba ese ganáo! (Después se vuelve de pronto). ¡Marta!

MARTA. (Como despertando). ¿Qué hay? ¿Qué quieres?

MANEL. Han dicho que cerrásemos, ¿cierro?

MARTA. Cierra. (Marta se levanta y va arreglando las sillas y recogiendo vasos que habrá sobre la mesa en desorden). Todo se acabó.

MANEL. ¡Tururú! Listos. Pues ¿no estoy cansado? Más quiero una tronada allá en los ventisqueros, que este barullo de todos los demonios. Yo no pueo estar así; esto rinde más. Al suelo, al suelo, como allá en la montaña. Siéntate aquí á mi lado. Allá arriba no tenemos sillas, ni falta. Miá tú que esos palitroques... Pero ¿qué hace aquella? ¡Hupa, Marta!

MARTA. ¿Qué?

MANEL. ¡Que vengas aquí!

MARTA. No, déjame.

MANEL. ¡Qué arisca! Pues si te pones así no te voy á decir una cosa. ¡Ya no me acordaba! ¡Con la alegría se pone uno más burro! (Levantándose. Después de buscar en los bolsillos y en el pecho, saca al fin un pañuelo atado por las puntas. Aparte). ¡Verás, verás tú ahora! ¡Ya pesa, ya!... ¡Esto no te lo esperabas!

MARTA. ¡Ah!... ¿Otra vez? ¡Déjame!

MANEL. No he tenido animal más arisco en mi vida. (Extiende el pañuelo en la mesa). Mira... ¿Ves?... ¿Ves esto? ¡Es una peseta! (Echándola en el pañuelo). ¡Es la primera que gané!

¡Nunca la he querido gastar para ver si criaba, y mira... mira si ha criado! (Revolviendo monedas de plata y cobre, que echa en el pañuelo). Allá arriba, cuando las contaba, sonaban de otro modo. Este modo de sonar es más alegre; será por que estás tú. ¡Ah!... toma, toma... (Sacando un duro de entre las monedas). ¿Ves este duro?... ¿Ves estas manchas? Son de sangre; sangre mía. Me lo regaló un día el amo: el señor Sebastián, ¡que Dios se lo pague! ¡Tócalo! ¡Tócalo! (Cogiéndole la mano para obligarle á que lo toque; ella se resiste, pero sin repugnancia).

MARTA. Estate quieto.

MANEL. Bueno... pues yo lo beso. (Lo besa y lo tira al pañuelo). Has de saber que todas las noches venía el lobo al rebaño. Y todas las mañanas un perro patas arriba, destripado, y una oveja menos ó un carnero: según. Yo me condenaba. Hasta que una noche... me quedé en acecho detrás de unas piedras, al lado del barranco. El carro del cielo, ¿sabes tú lo que es? Pues el carro del cielo son siete estrellas que dan la vuelta allá arriba, como la rueda de una carreta... Pues digo que el carro estaba clavado en las doce, y luego pasó á la una... y yo escuchando... ¡Nada! Los esquilones... El agua de la nieve que se derretía... El airecillo de la madrugada... ¡Las siete estrellas del carro siguiendo la vuelta, que me parecía que estaba oyendo rechinar el eje! ¡De pronto siento ruido, pisadas, y veo un bulto negro, que, dando un bote como un demonio, pasa por encima de mí, resoplando tan fuerte, que sentí el resoplido aquí en el cuello! Los pelos se me pusieron de punta, y por dentro del pecho sentía unos golpes... ¡pum! ¡pum! ¡pum! que me ahogaba. Luego siento ladridos de perro y el balar de las ovejas, y sin manta al brazo, ni nada para resguardo, con el cuchillo en la mano y el pecho libre, me puse en mitad del camino por donde había de pasar el lobo. ¡Llega el animal con la oveja atravesada en el hocico... tropieza conmigo.. me agarro á él... le clavo todo el cuchillo... y caemos barran-

co abajo revueltos el lobo y yo... mordiéndole yo, mordiéndome él; ahullando él y ahullando yo con más fuerza aún; contra su hocico mi cara; contra sus colmillos mis dientes, que desde entónces tengo esta mella!

MARTA. (Conmovida é interesada, á pesar suyo). ¿Y qué?... ¿Qué?...

MANEL. Que al otro día unos pastores nos encontraron á los tres en el fondo del barranco: la oveja muerta, el lobo muerto, y yo medio muerto, con todo el cuerpo lleno de mordiscos y desgarrones. Me llevaron á la choza, me dieron con nieve y aceite de lagarto... y al cabo de unos días subió el amo y me dió este duro. Yo, con la prisa de besarle la mano, me desgarré esta herida; por eso son las manchas de sangre que has visto. El amo Sebastián me prometió un duro por cada lobo que matase; pero desde entonces no he matado ninguno. (Lo dice con mucha tranquilidad).

MARTA. Manelich... ya es muy tarde.

MANEL. Pues toma todo esto. Son veintitrés duros. Guárdalos. (Recogiendo el pañuelo).

MARTA. No... no... es tuyo. Guárdalo en tu cuarto. (Aparte). (Pero ¿qué es este hombre?)

MANEL. ¿En mi cuarto?... En el nuestro, querrás decir; allá.

MARTA. Enciende la luz (Señalando al hogar) y vete. Vete á tu cuarto... y buenas noches.

MANEL. ¿Que ese es mi cuarto? ¿Y que aquel es el tuyo?

MARTA. ¡Ya lo sabes, mal hombre! ¿Para qué quieres que te lo repita? ¡Vete!... ¡Mal hombre, vete!

MANEL. ¡Que yo soy mal hombre! ¿Por qué soy mal hombre?... ¿Por qué? ¡Dilo!... ¡Dilo! ¡Quiero que lo digas!...

MARTA. ¡Ya lo sabes!

MANEL. ¡Que yo lo sé!

MARTA. ¡Sí... que tú has consentido en todo!

MANEL. ¿En qué?

MARTA ¡En casarte conmigo!

MANEL. ¡Toma! ¡Eso sí!

MARTA. Y ¿por qué has consentido?

MANEL. ¿En qué? ¿En que fueras mi mujer? Pues porque te

quería. ¡Toma! ¡Porque te quería más que á nada en este mundo! ¡Más que á mi padre!... ¡Más que á mi madre!... Más.

MARTA. ¡Manelich!.. (Se queda mirándole con ansia y angustia).

MANEL. (Acongojado). ¿Por qué me miras de ese modo?...; ¡Mira que me parece que no eres mi mujer!...

MARTA. ¡Manelich!

MANEL. Si me parece que estoy soñando.

MARTA. (Aparte). ¡Ay, Dios mío! ¡que me han engañado y han engañado á este pobre hombre!

MANEL. ¡Marta!

MARTA. ¡Déjame!... ¡déjame!...

MANEL. ¡Es que me has dicho unas cosas!... No las entiendo...

MARTA. No... no... no he dicho nada... Es que esta noche estoy como loca... que no sé lo que han hecho conmigo.

MANEL. ¡Lo que han hecho contigo! (En este momento pasa una luz por detrás de la cortina).

MARTA. (Retrocediendo con horror. Aparte). ¡Ah!... él... ¡Sebastián!... ¡Canalla!...

MANEL. ¿Qué es aquello?... ¡una luz!... ¡Pero no estamos solos!... ¿Quién hay allí?

MARTA. ¡Nadie!... ¡nadie!...

MANEL. (Empuñando el cuchillo). ¡Pues yo voy á verlo!

MARTA. (Poniéndose delante de él). No; déjalo... Ya estaría la luz...

MANEL. No: te digo que no. (Desaparece la luz). ¿Ves?... la han apagado.

MARTA. Yo creo que no había ninguna. Sino que á ti te ha parecido que la había.

MANEL. Pues ¿no decías antes que ya estaba la luz? Si la he visto yo... si tú también la has visto.

MARTA. Yo no he visto nada. Tú lo has dicho.

MANEL. ¿Que tú no has visto una luz?

MARTA. ¡No... no!

MANEL. ¿Que tú no la has visto?

MARTA. ¡Ea!... Tú tampoco la viste.

MANEL. ¿No? (Se queda mirando fijamente á Marta. Aparte). ¿Que no la he visto? ¿Que no la he visto?

MARTA. (Sentándose). (Yo aquí he de pasar la noche; aquí, como si fuera piedra). Oye... ya te lo he dicho... (Señalando su cuarto).

MANEL. Ya... ya... ya lo sé. No me lo vuelvas á decir. Yo, allá dentro. (Repitiendo la orden de ella). Pero todavía... todavía no me iré á dormir á mi... ¡Vamos! *allá dentro*. (Se deja caer poco á poco en el suelo, siempre con los ojos fijos en la cortina).



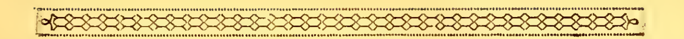
MARTA. (Aparte). ¡Y ese canalla!... siempre ha sido un canalla. (Manelich, siempre en el suelo, se va acercando á Marta. Aparte). ¡Pensará este... pobre... que no le oigo!

MANEL. (Muy triste y medio lloroso. Aparte). ¡Aquí... cerquita de ella! ¡muy cerquita! Pero no como su marido... eso no. Como si estuviese solo allá arriba en mi choza de los picachos. Ahora á rezar (En voz baja) el Padrenuestro de mis padres. El Padrenuestro para... mi mujer... no tengo que rezarlo..., porque mujer... mujer... ya la tengo... ya la tengo... «Padrenuestro...» (Solloza).

MARTA. (Aparte). ¡Ah! ¡qué castigo el mío!

MANEL. Todo está dormido en la choza. ¡No!.. ¡el lobo no vendrá!.. ¡no vendrá... no vendrá!... (Sigue moviendo los labios mientras cae el *Telón*).

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MANELICH, sentado. NURI, haciendo la samarra que empezó en el acto anterior.

MANEL. (Muy abatido.) ¿Cómo no viniste ayer tarde, Nuri?

NURI. Pues hombre... los pavos tuvieron la culpa. Ya te dije que me mandaron sacarlos por la mañanita y por la tarde. Pero como hoy pica mucho el sol, los volví á meter en el corral; y yo, á ver á Manelich.

MANEL. Te lo agradezco, Nuri.

NURI. ¡Pues mira! ¡Buenas angustias paso! (Se levanta y va á mirar hacia la puerta de la izquierda.)

MANEL. Y ¿por qué pasas esas angustias?

NURI. Porque tengo miedo de que venga la Marta. ¡Me da más pena esto!... Verás, hombre, verás; antes me quería mucho la Marta; siempre me estaba besando, y decía que querría ser igual que yo. Pues desde que os casásteis me tiene una rabia que me come con los ojos. ¡Yo no! ¡Ahí tienes! Yo no le tengo rabia; y no le tengo rabia, porque sé que te quiere mucho.

MANEL. ¿A mí?

NURI. ¡Claro! (Manelich se levanta y se pasea.) ¿Qué tienes?

MANEL. ¡Nada! (Vuelve á sentarse.)

NURI. Digo yo que me tiene rabia, porque tiene rabia á todos los de mi casa. Figúrate que ha llamado al Mosen, y yo no sé lo que le ha dicho; y el Mosen—que es el mayordomo—ha ido á mi casa amenazando á todos, y les ha dicho que no vinieran más al molino á murmurar. Que al molino no tenían que venir sino los que trajeran trigo para moler.

MANEL. ¡A murmurar dices que venían!

NURI. Eso dijo el Mosen.

MANEL. ¿Y tú sabes qué murmuraciones eran esas?

NURI. No sé; los de casa siempre están lo mismo: nada, que les gusta hablar de todo el mundo.

MANEL. ¡Qué buena chica eres, Nuri!

NURI. (Poniéndose muy contenta y riendo.) ¡Mira tú quién lo dice! (Pausa.) Ya hace diez días que estáis casados, ¿verdad?

MANEL. Sí... diez días.

NURI. ¿Sabes en qué estoy pensando?

MANEL. ¿Y qué dicen de mí tus hermanas?

NURI. Pues pensaba en hacerte una zamarra en cuanto acabe ésta: pero no ha de ser de este color, sino azul, y con unos vivos encarnados. ¡Y vaya si te sentará bien!

MANEL. ¡No me hagas la zamarra, Nuri! Yo te lo agradezco ¡Pero no me hagas la zamarra!

NURI. (Con extrañeza.) ¡Hombre! ¿Por qué?

MANEL. Porque para cuando tú acabes la zamarra, ¡Dios sabe dónde!... Ea, pues, nada... pero no me hagas la zamarra.

NURI. (Levantándose.) Pues me enfado, y me voy.

MANEL. (Haciéndola sentar). No te vayas, Nuri.

NURI. Bueno, me quedo; pero entoavía estoy enfadada.

MANEL. (Levantándose y yendo á echarse de bruces sobre la mesa, ó tomando otra posición en armonía con su naturaleza tosca. Aparte). ¡Aquella luz que pasó por detrás de la cortina, la llevaba un hombre! Y lo que yo necesito es saber quién era aquel hombre: le mato y me voy allá arriba.

NURI. ¡Manelich! que yo entoavía estoy enfadada.

MANEL. Sí, Nuri, sí; pobrecilla.

NURI. Tú tienes tristezas, Manelich.

MANEL. No.

NURI. Y yo sé por qué. Porque te han casado con una mujer muy rabiosa.

MANEL. ¿Dice la gente que es rabiosa la Marta?

NURI. No sé: todos hablan, y hablan, y no páran nunca. ¿Y sabes por qué te quiero yo tanto? Primero, porque me cuentas aquellos cuentos de lobos y de brujas que me dan tanto miedo y que son tan bonitos. Y además, porque oigo que la gente dice: «¡Pobre Manelich! ¡Pobre Manelich!» Conque yo dije también: «¡pobre Manelich!» Pues voy á hacerle una zamarra.

MANEL. ¡Pobre Manelich! ¿Conque todos lo sabían? ¿Y qué más? ¿qué más?

NURI. Pues oye: ayer, al salir de misa, había un corro en que hablaban de ti; y yo pasé haciéndome la distraída.

MANEL. Y ¿qué decían?

NURI. «¡Pobre Manelich!» Como siempre.

MANEL. ¡Cuándo querrá Dios que vuelva el amo pa contárselo todo! Pero nada; se fué á la ciudad y no vuelve.

NURI. ¿Crees tú que el mundo es tan malo como dicen, Manelich?

MANEL. El de la tierra baja, me parece que sí. El de la montaña, no lo era, no. Puede ser que no lo fuera porque como allá arriba no había hombres... por eso.

NURI. ¡Pobre Manelich!

MANEL. (Con rabia). ¿Tú también?

NURI. ¡Es que te tengo mucha lástima! Oye, Manelich: ¿no tienes ningún hermano?

MANEL. No. Soy yo solo; y tan fuera de mí quisiera estar, que me parece que me sobro.

NURI. ¡Pues me da pena! Quisiera que tuvieras un hermano menor, así, de mi tamaño.

MANEL. ¡Pobre Nuri!

ESCENA II

MANELICH y NURI; MARTA, que viene del interior.

NURI. ¡La Marta! Me escapo.

MANEL. ¡No te muevas!

MARTA. (Aparte). ¡Siempre está la Nuri con él! ¡Si sufriera tan de veras por mí, no le gustaría hablar con nadie! (Se acerca al hogar, aviva el fuego y arregla la olla como para preparar la comida). Este fuego no se enciende hoy. Parece que lo hace adrede. ¿De qué estarán hablando? ¡Ni me hace caso! Y ¿para qué había de hacerme caso? Yo no quiero que hable con la Nuri. Pero ¿quién soy yo para mandar en él? ¡Qué martirio! ¡Virgen de los Angeles! (Haciendo un movimiento desesperado, se va por la puerta de la izquierda).

NURI. Ya se marchó. Bien calladitos hemos estado los dos.

MANEL. ¿Por qué callabas tú?

NURI. Porque estaba contando puntos. ¿Y tú?

MANEL. Porque estaba contando días.

NURI. ¿Quieres tú mucho á la Marta?

MANEL. ¡Más que á nadie! ¡Más que á nada en el mundo la quiero! vamos, que no sé decírtelo. Yo me pienso que le tenía cariño desde antes de conocerla. Mira, Nuri, la primera vez que la vi en la Cabreriza, estuve por decirla: «¡Vamos, mujer, que bien te has hecho desear; ya era hora de que viniera la Marta!» ¡Ves tú qué cosas! ¡Bah! ¡Si yo te lo contara todo!...

NURI. Cuenta, cuenta, Manelich, que me gusta mucho oirte.

MANEL. Si supieras tú cuántas veces desde arriba, desde los picachos, miraba yo la *tierra baja*, buscando algo en ella... El sol lo alumbra todo, cerros y llanos, hasta el fin de lo que se ve. Y yo cavilando: «¿Hacia dónde estará por todas estas tierras mi mujer?» Pues ¿á que no aciertas cómo me las componía para saber hacia dónde estaba? ¡A que no! ¿A que no lo aciertas?

NURI. No lo sé, no. A ver cómo.

MANEL. Pues ponía una piedra en la honda, daba tres vueltas con los ojos cerrados, tiraba la piedra con mucha fuerza, sin saber hacia qué parte; los abría de pronto para mirar dónde caía... y por allá... por donde había caído... había de estar mi mujer, que ya se estaría criando y que iría creciendo como un brazado de flores para mí, para mí solo.

NURI. ¿Y hacia dónde caía?

MANEL. Hacia la tierra baja, nunca hacia la montaña. De la tierra baja vino Marta. ¡Mira tú que me dan ganas de llorar!

NURI. Vaya, hombre, no llores, que me haces llorar también. Pero á ti, ¿quién te manda tirar piedras á ciegas? ¿Y si hubiera pasado alguien por la montaña y le hubiera alcanzado el pedrusco?

MANEL. ¡No le alcanzó á nadie, que me alcanzó á mí en mitad del pecho!

NURI. Pero ¿por qué son esas penas?

MANEL. ¡Porque yo... sé lo que sé! Yo seré un simple.. y un ciego para las cosas del mundo; pero á veces los ciegos ven. Un ciego, y muy ciego, iba allá á la Cabreriza algunas veces, porque yo le daba leche de mis cabras; pues cuando le cogía la tempestad y se encendía un relámpago, se tapaba el ciego los ojos con las manos; conque yo digo que, aunque era ciego, el resplandor del relámpago se le metía y le hacía ver. Pues yo soy como el ciego de la Cabreriza, y tanto se ha inflamado la nube, que se me han incendiado los ojos y la he visto.

MARTA. (Volviendo del cuarto interior. Aparte). (Todavía están aquí los dos). Nuri, Nuri.

NURI. ¡La Marta! Ten el pañuelo; ten, que no vea que lloras. (A Manelich).

MANEL. (Sin tomarlo). ¡Si no lloro!

MARTA. Oye, Nuri: no quiero verte aquí más, ¿oyes? No quiero que vuelvas.

NURI. ¿No ves tú, Manelich? ¿No ves que me echa la Marta?

MARTA. No es que te eche, mujer, sino que no sé lo que tengo. Cuando me hablan, parece que me están dando golpes dentro de la cabeza. (Se va hacia al fuego y se sienta).

NURI. Ten, Manelich. (Dándole la cestita con el ovillo y la samarra). Voy aventar el fuego, porque la pobre Marta no puede. (Acercándose á Marta). Dame el aventador.

MARTA. No.

NURI. Dámelo, mujer, que tú tienes ya poca fuerza; como que vas para vieja. (Bromeando).

MARTA. (Fuera de sí). Vete, vete; digo que te vayas.

NURI. Pero mujer, ¿por qué?

MARTA. Porque no quiero verte.

NURI. (Enojada). Pues no me marcho hasta que me lo mande Manelich. El es el marido, y él manda.

MARTA. ¡Es verdad! ¡El manda! (Sentándose abatida).

MANEL. Mira, Nuri; haz lo que Marta te mande. Te ha echado, pues te vas. Marta está en su casa.

MARTA. No, Manelich; eso no.

MANEL. (A Nuri). Toma todo esto y vete, pobrecilla. (Dándole el cesto y la samarra).

MARTA. Nuri, quédate. Ahora no quiero que te vayas.

NURI. (Llorando). Pues ahora me voy.

MANEL. No llores, Nuri. Yo te acompañaré.

MARTA. No; eso no. Quiero que te quedes aquí.

MANEL. ¿Yo? ¿Que me quede yo? ¿Para qué?

MARTA. ¡Es verdad! Haz lo que quieras.

NURI. (A Manelich). Se queda llorando.

MANEL. No lo creas. ¡Pues si estamos más contentos los dos...! ¡Siempre riendo, y siempre juntos! ¡Mira, mira qué fuerte ríe! (Marta solloza con mucha fuerza). ¡Y yo lo mismo! Siempre juntos, siempre juntos. Anda, Nuri; anda pa delante. (Se ríe sarcásticamente, y salen él y Nuri).

ESCENA III

MARTA, llorando.

¡Dice que siempre juntos! Y lo que él espera es que vuelva Sebastián pa contárselo todo y marcharse. ¡Ojalá que no viniese nunca Sebastián; que se quedase siempre allá en el pueblo ese mal hombre! ¡Qué malo, qué retemalo es!... Nunca le quise; pero ahora, le odio con toda mi alma. Si no volviera más... ¡quién sabe! Puede que Manelich me perdonase, porque es muy bueno, y bien se ve que me quiere mucho. ¿Pues qué? ¿Se figura que yo no le oigo todas las noches cuando viene á echarse y á llorar á la puerta de mi cuarto? Pero no sé... no sé... ¡Ya no me dice nada! Me deja hacer todo lo que yo quiero. No; yo no quiero que esté con la Nuri; con ella no. Ahora mismo me voy á casa de esas mujerotas. Veremos, veremos. (Dice todo esto muy agitada, muy nerviosa, entre lágrimas y gritos rabiosos, y se dirige hacia la puerta).

ESCENA IV

MARTA y TOMÁS, que le cierra el paso.

TOMAS. ¿A dónde vas, Marta?

MARTA. Pues no lo sé. Mira, ya no voy á ninguna parte.

TOMAS. Desde la ermita he visto salir á Manelich. Por eso vengo. Porque sé que no está. Con él no quiero encontrarme. ¡Está el pobre más desesperado...!

MARTA. ¿Por qué?

TOMAS. ¡Vaya una pregunta! Pues ¿no tiene el pobre ojos para ver que todo el mundo se ríe de él?

MARTA. La gente es muy mala.

TOMAS. Muy mala. Y ahora quiero que tú me digas qué le con-

testo yo cuando me pregunte por qué hice que te casaras con él.

MARTA. Pues... ¿yo qué sé?

TOMAS. Y más todavía: ¿qué le contesto cuando me pregunte quién es el hombre... el hombre... ¿comprendes?... el hombre que le está afrentando ante todo el mundo?

MARTA. ¿Y yo qué sé? ¡Si yo no sé nada! ¡Si á mí no se me ocurre nada! (Esconde la cara entre las manos).

TOMAS. Pues se ha dejado decir Manelich, y ya corre por el pueblo, que antes de dejarte y marcharse á la Cabreriza quiere saber quién es el hombre, para matarlo.

MARTA. (Con satisfacción que no puede contener). ¿Ha dicho que le mataría? ¿Lo ha dicho de veras? Sebastián también es mucho hombre. ¡Y como es el amo!... yo creo que Manelich no se atreve.

TOMAS. Pues Manelich lo ha dicho. Y lo que te dije antes: que después de despedirse de Sebastián, porque de Sebastián no sospecha nada, y después de matar al hombre, te deja para siempre abandonada y se vuelve á la Cabreriza.

MARTA. Para eso último no necesita mucho valor.

TOMAS. Pues yo le he dicho que hace bien. Que te deje, que te deje para siempre, ¿lo entiendes? Y antes hoy que mañana, ¿lo entiendes? ¡Que quien hace lo que tú has hecho, más merecía!

MARTA. ¿No ha tenido usted nunca una hija?

TOMAS. ¡Una hija! Sí que la tuve. Y se me murió cuando era todavía muy chiquitita. Y cuando veo lo que es el mundo, y cuando te veo á ti, digo: ¡bien muerta está! ¡Que así Dios me la tenga en su santa gloria!

MARTA. (Acercándose á él y con acento sombrío). ¿Y si usted se hubiera muerto antes que ella? ¿Y si ella hubiera crecido, y crecido siempre sola? ¿Y si hubiera tropezado con Sebastián?

TOMAS. (Tapándose los oídos). Maldita, mil veces maldita, no digas eso. ¡Que tú eres quien ha perdido á Sebastián!

MARTA. (Rompiendo á llorar). ¿Que yo le he perdido? ¿Que fuí yo?

¡Ay, Dios mío, que no tiene usted entrañas! ¡Ay, madre mía! que no puedo más... no puedo más. ¡Dios mío, llévame de una vez!

TOMAS. ¡Pues toma, llora de verdad!

MARTA. ¡Todos contra mí! ¡Contra mí! ¡Porque me ven tan sola en el mundo! ¡por eso! ¡Que hasta ahora no sabía lo sola que estaba!

TOMAS. Vamos, no llores, que yo soy muy tonto, y tengo muy tiernos los ojos; y aunque no lo mereces... vamos, que me pondré á llorar también.

MARTA. (Con nuevo arranque). Ea, yo quiero contárselo todo á usted, todo, y verá usted quién ha perdido á quién.

TOMAS. (Lloriqueando). Pues no quiero oirte, porque me voy á creer todo lo que me cuentes, y todo va á ser mentira.

MARTA. ¿Mentira? Óigame usted, y ya veremos si es mentira ó no.

TOMAS. También es empeño. Ea, cuenta, pero acaba pronto.

MARTA. (Enjugándose las lágrimas: con resolución). Oiga usted: dicen por ahí, para afrentarme, que yo nunca he tenido padres; que yo he nacido de la tierra, como los sapos que se crían en las charcas.

TOMAS. ¿Ves tú? Eso sí que no lo he creído nunca. ¡Así Dios me castigue!

MARTA. Yo tenía una madre que era ciega, y no he tenido á nadie más; pero madre sí he tenido. Y ella y yo pedíamos limosna allá abajo, en la ciudad. Yo me acuerdo que nos sentábamos en la grada de una iglesia que tenía una puerta que no se acababa nunca de alta que era. Pues allí pedíamos. ¿Desde cuándo? ¡Y quién lo sabe! Creo que desde antes de nacer yo, ya mendigábamos. Á mi madre la había visto siempre con la mano extendida en el portal de la iglesia. Y hasta de noche, durmiendo, extendía la mano, lo cual que me daba mucho miedo. Un día, ya no fuimos las dos solas á pedir, porque á nuestro lado se había sentado un hombre que yo me figuré que tampoco veía. Yo pensaba entonces que todos los pobres eran ciegos. ¡Como que era

yo muy chiquitita y no conocía nada del mundo! Aquel hombre, que tenía la cara roja y la barba blanca, acabó viviendo con mi madre. Unas veces se pegaban y otras veces reían los dos, muy contentos; pero á mí, aquel hombre, ni me pegó nunca, ni me hizo una caricia, ni me dijo una palabra. Pasaron años, y un día mi madre no se levantó para ir á la iglesia, y á los pies de su cama se puso á llorar el hombre aquel de la cara roja y de la barba blanca. ¡Y cómo me chocó! Yo pensé que los ciegos no lloraban; que, como no tenían ojos para ver, tampoco tenían ojos para llorar.

TOMAS. ¿Y murió tu madre?

MARTA. Sí murió. Y aquel hombre no podía consolarse de la muerte de mi madre, de mi pobre madre, que se quedó con los ojos más empañados que nunca, y, muerta y todo, con la mano derecha extendida. ¡No parecía sino que iba también á pedir algo al otro mundo!

TOMAS. ¡Pobre chica! ¡Ya decía yo que me habías de hacer llorar! Sigue, Marta; sigue.

MARTA. Pues mire usted: aquel hombre me llevó consigo, y no sé cómo fué, que, al separarnos de la fosa en que habían echado á mi madre, yo le dije sin pensarlo: «¿Y qué hacemos, padre?» Y él, llorando mucho, me dijo: «Ven conmigo, hija.»

TOMAS. Vamos, acaba pronto tu historia.

MARTA. No falta mucho: que cuando se va por el camino por donde va todo el mundo, se puede ir despacio; pero cuando se cae en un barranco, se cae de prisa. Volvimos á nuestra vida, á las gradas de la iglesia á pedir limosna; y yo iba creciendo y haciéndome mocita. Conque un día le dije: «Padre, ¿y si trabajásemos?» Y él me dijo que le parecía bien, que buscaría trabajo para los dos; pero seguíamos *pidiendo*, hasta que supimos que iban buscando á los pobres para recogerlos, y entonces nos escapamos... y corriendo muchas tierras... llegamos, por fin, á estas llanuras, donde nos cogió un nublado muy negro y un aguacero, con lo

cual nos guarecimos en la masía de Sebastián. Estaba mucha gente y el amo; me hicieron que bailase y que cantase, y el amo... me dijo que era muy graciosa... Nos recogió... nos dió este molino... venía todos los días... y me regalaba mucho... y cuando huía de él se ponía furioso... y me decía que yo no era nadie... que no era sino como los sapitos que se crían en las charcas después de la lluvia... y á fuerza de amenazas y halagos, golpes y abandono, llegué á lo que soy casi sin saberlo.

TOMAS. ¡Pobre chica!... ¡Ah!... Sebastián... no tienes perdón de Dios.

MARTA. ¿Y qué había de hacer? ¿Huir? No podía. ¿Matarme? Es pecado; y además, ¡la muerte da tanto miedo, y yo tenía tan pocos años! ¡Señor, se nace para vivir, no para morirse en seguida! Soy mala; pero no lo soy del todo, porque me pesa mucho serlo, y quisiera ser buena, que hubiera un alma caritativa que me ayudase á serlo. No se enfade usted... ¡yo quisiera que Manelich me ayudase! Mire usted, fuí á casarme arrastrada por la fuerza, y Manelich me daba repugnancia y asco, porque me pensé que se había vendido. Y con todo, á pesar de la pena y del asco, cuando salimos casados, me decía yo, sin querer decírmelo, así, con unos dejos de consuelo: «que aquel hombre era ya, por bien ó por mal, mi marido; que era mío por ley de Dios; mío, y de nadie más...» ¡Triste de mí, que no había tenido nada que fuese mío en la tierra!

TOMAS. ¿Y si vuelve Sebastián al molino? ¿Y si vuelves á ser cobarde?

MARTA. ¡No!... ¡no!... ¡Que no vuelva!...

TOMAS. Pero ¿y si vuelve?

MARTA. ¡Ahora tengo á Manelich!... ¡Tiene que defenderme!... ¡Es su obligación!... Si no, ¡es más malo que yo, y más cobarde!

TOMAS. Pero si te desprecia... ¡si no te quiere!...

MARTA. ¡Sí me quiere!... ¡Aunque me desprecie, me quiere!...

¡Y yo... yo le quiero... le quiero!... ¡Ea!... ¡le quiero!... Por mala que sea una persona, puede querer, ¡esto no hay quien me lo niegue! Y yo no he sabido lo que es cariño en el mundo hasta que no he tenido á Manelich á mi lado.

TOMAS. ¿Y si se lo dijeses todo á Manelich?

MARTA. ¿Y cómo se dicen estas cosas?

TOMAS. Como me las has dicho á mí.

MARTA. Á usted es distinto. Pero á él... á él... no sé... no puedo... se me pega la lengua al paladar... Y así nos estamos horas y horas, sin decirnos palabra, ¡que no hay angustia mayor!

TOMAS. ¡Pobre mujer!... ¡Vaya, que tienes desgracia!

MARTA. Ayúdeme usted, como si fuera su hi...

TOMAS. ¡Dilo, tonta! ¡Como si fueses *mi hija!* ¡sí que te ayudaré! ¡Tú eres buena!... ¡Lo has sido siempre... ¡ea!... lo digo! ¡Y aunque no lo hubieses sido, sólo con querer serlo, ya lo eres casi del todo! ¡Pobrecilla!... ¡Dame un abrazo!...

MARTA. ¡Señor Tomás!... ¡Usted sí que es compasivo... usted sí que me da consuelo! (Le abraza).

TOMAS. ¿Quién viene?

MARTA. ¡Ah!... ¡Las vecinas!... ¡las perdigonas!... ¡No quiero verlas!... Échelas... échelas... ¿Volverá usted?

TOMAS. ¡Sí que volveré!... Adiós... ¡y ánimo!... ¡Qué demonio... todo se arreglará!...

MARTA. Adiós... adiós... Que no me vean esas mujeres. (Vase).

ESCENA V

TOMÁS, PEPA y ANTONIA; después, JOSÉ, NANDO y PELUCA

PEPA. ¡Mira, mira! ¡Si está aquí Tomás! (Desde la puerta).

ANTONIA. (Desde la puerta). Pero ¿qué tiene el ermitaño? ¡Tiene los ojos encendidos!

TOMAS. Es del humo. La pobre Marta no lograba encender el hogar.

PEPA. Vamos á entrar, Antonia, que ahora no nos pueden echar. Verá usted: dijo el Mosen que nadie se acercase al molino que no trajera trigo para moler; que era orden del amo.

TOMAS. Pues entonces, ya os podéis marchar antes que os echen.

NANDO. (Desde fuera). ¡Ya estamos aquí!

PEPA. (Riendo). Entrad, entrad vosotros.

JOSE. (Entrando con medio saco de trigo). Traemos trigo para molerlo.

NANDO. (Entrando con Peluca). Ya estamos aquí, y traemos lo que tenemos que traer. Traemos trigo. Y venimos al molino porque traemos trigo.

PELUCA. Y el molino está para moler el trigo.

JOSE. ¡Y vaya si nos ha costado trabajo encontrar ese poco de trigo!

PELUCA. Yo lo saqué de casa, que lo guardábamos para la siembra.

JOSE. Pues ya estamos aquí.

PELUCA. Pero ¿no salen Manelich ó la Marta á por eso?... (Se refiere al trigo).

JOSE. Oiga usted, Tomás, que usted lo sabrá: ¿en qué ha quedado esto de la boda?

PEPA. Usted sabrá algo. Diga, Tomás; diga.

TODOS. Cuente, cuente.

TOMAS. Pues yo os lo diré; diré lo que sepa.

TODOS. ¡Sí! ¡sí!

TOMAS. Pero que no nos oigan. (Tomás dice esto bajito y con tono burlón: pero todos le creen, corren á mirar por las puertas si alguien escucha, y vuelven á agruparse á su alrededor).

PEPA. Ya puede usted empezar.

ANTONIA. Y no se deje nada.

JOSE. Todo, todo. En estos casos, todo.

TOMAS. Pues señor, una vez riñeron San Miguel y el diablo, porque el diablo decía que todas las mujeres eran *charlatanas* y *chismosas*, y decía San Miguel que alguna habría que no lo fuese. Conque San Miguel se fué

por el mundo buscando una mujer que no fuera *charlatana*, que no fuera *chismosa* y que no fuera *enredadora*.

PEPA. ¡Mira con lo que sale!

ANTONIA. ¡Vaya con el hombre!

JOSE. No importa; acabe, á ver en qué pára eso.

TOMAS. Pues San Miguel ya estaba cansado de tanto andar por el mundo sin encontrar la mujer que buscaba, y se echó al pie de unos setos vivos de madre selva, y al otro lado había unas mujeres que, mirando á San Miguel por entre los setos, se pusieron á decir que era *un borracho*, porque tenía la cara muy encarnada, y que era *un ladrón*, que lo que llevaba puesto era robado, porque era el vestido de San Miguel que, sin duda, lo había robado en la iglesia. Pero entre las mujeres había una viejecita que no dijo nada malo de él, sino que le miraba y sonreía con mucha dulzura. Pues aquella noche, cuando la pobrecita vieja estaba durmiendo en su cama, va San Miguel y la coge, y envolviéndola el cuerpo en la sábana y tapándole los mechones de canas de la cabeza con sus alas de Arcángel bien encorvadas, va á las puertas del infierno y se pone á llamar al demonio, gritando: «Demonio de todos los demonios; sal aquí, que te traigo la única mujer que no murmura.» Sale el diablo muy sofocado del calor que había dentro, y se echa á reir, y va y dice: «¡Toma, como que es sorda y es muda de nacimiento!» Conque... ya lo sabéis. Eso es lo único que yo he oído contar por ahí. (Vase Tomás y se quedan todos murmurando).

ANTONIA. ¡Vaya una gracia!

PEPA. ¡Más le valía á él no haber hecho lo que ha hecho!

ANTONIA. Nosotras no hemos hecho ningún mal, y él ha hecho mucho mal á ese pobre chico.

JOSE. ¡Bien se ha reído de vosotras!

NANDO. ¡Bien se ha reído!

PELUCA. ¡Pues yo también me he reído! ¡Mira tú que San Mi-

guel tapándole á la vieja la cabeza con las alas!... ¡Buena figura harían los dos!

ANTONIA. ¡Callaos, que ya viene Manelich!

JOSE. ¡Sí, á callarnos! (Todos se callan).

ESCENA VI

DICHOS; MANELICH, entra sin verles y se sienta junto á la mesa.

MANEL. ¡Yo no espero ni un día más! ¡Hoy vuelve el amo, cumplo con él, y después, á la montaña! ¡A la montaña á morirme de pena y de rabia!

ANTONIA. (Acercándose á él é imitándole á media voz). ¡Hup, la cabrota!

MANEL. (Volviéndose). ¿Quién está aquí?

JOSE. Buenos días, Manelich.

PEPA. Buenos días.

MANEL. ¿Qué queréis?

PELUCA. ¿Hay agua para moler?

MANEL. ¿Agua? Sí. Agua sobra. Ya podéis arrimar el trigo á la muela. (El Peluca lleva el trigo al cobertizo y luego vuelve).

ANTONIA. ¡Mala cara tienes hoy, Manelich!

MANEL. ¿Mala cara? La de siempre.

JOSE. Es que no se encuentra desde que dejó de guardar sus cabras.

PEPA. Pues ahora tiene á Marta.

ANTONIA. Pero Marta no necesita que la guarden; se guarda ella sola. (Se ríen todos con disimulo).

MANEL. ¿Por qué os reís? ¿Y por qué os escondéis para reiros?

ANTONIA. Si no nos reimos.

PEPA. Si no nos reimos, Manelich. (Dicen esto sin poder contener la risa).

MANEL. Sí que os reís, y que os ponéis encendidas, y no de vergüenza, que no la habéis tenido nunca.

JOSE. (Adelantándose con mucha furia). ¿A mis hermanas les dices tú eso? (Se queda en actitud de provocarle).

MANEL. Sí; á tus hermanas se lo digo. ¿Qué hay con eso?

JOSE. (Volviendo la espalda con mucha calma y con mucha dignidad). ¡Que no me lo dirías á mí!

NANDO. / PELUCA. Eso, eso.

MANEL. (Furioso). ¡Mal rayo me parta, que habláis claro ó á todos os hago pedazos!

NANDO. ¡Manelich! (Todos retroceden).

PEPA. ¡Está loco!

ANTONIA. Lo que tú quieras saber se lo preguntas al Morrucho.

PEPA. Eso; al Morrucho.

MANEL. ¿Al Morrucho dices?

PELUCA. Eso, eso decimos.

PEPA. Y si no, se lo preguntas á la Marta, que ahí la tienes.

ESCENA VII

DICHOS y MARTA

MARTA. ¿Qué buscáis aquí?

JOSE. Traíamos trigo á moler.

MARTA. La muela está allá fuera.

PEPA. Como no teníamos prisa... esperábamos aquí.

MARTA. Pues esperáis ahí fuera, que aquí no tenéis nada que hacer. (Se van murmurando frases sueltas y volviendo la cabeza con curiosidad. Las frases pueden ser éstas: «*Ahora, ahora va á ser... está como loco... mal lo va á pasar la Marta... mejor... mejor... que lo pague.*» Salen todos.)

NANEL. (Sentado junto á la mesa y aparte). (¡El Morrucho... han dicho el Morrucho: de modo que aquel hombre era el Morrucho!...)

MARTA. ¡Y ahora, á comer. Amarga va á ser la comida! ¡Pobre Manelich! ¡Da pena verle!

MANEL. (¡El Morrucho! ¡Aquella noche debí entrar y degollarle á él y después á ella.

ESCENA VIII

MARTA y MANELICH

MANEL. (¡A ella! (Pausa). ¡Toma! ¡Es que por eso me buscaron á mí y me casaron con la Marta! ¡Porque creían que yo no había de revolverme contra ellos! (Pausa. Sentándose). ¡Pero si es que entonces no pensaba yo en nada malo! ¡Ahora sí!. . ¡Ahora sí!...) (Todo esto bajo).

MARTA. (¿Cómo haría yo para que este hombre hablase? ¿Cómo? ¡Yo no quiero verle siempre callado y despreciándome! ¡Que me castigue, que me arrastre por el suelo! Que me trate como á cosa suya!) (Todo esto bajo). ¡Manelich! (Llamando en voz alta, pero dulce).

MANEL. (Como si no la hubiera oido). ¡Oyéndola, cómo engaña! ¡Parece una niña!

MARTA. ¡Manelich! (El se levanta). Mira, ya está la comida.

MANEL. ¡Ah! ¡Sí; la comida!... ¡La comida! (Toma el cuchillo y empieza á cortar pan. Marta ha ido al hogar). (¡No debe costar mucho degollar á un hombre! ¡Y á ella... menos!) (Encontrándose con la mirada de Marta que vuelve á la mesa). (¡Si no me mirara!... ¡Ah!...) (Arrojando el cuchillo con rabia y tristeza).

MARTA. ¡Ponte tú, Manelich! (Se sirve él; después ella).

MANEL. (¡Quién tuviera hambre; mucha hambre; como allá arriba! ¡Pero no hay bocado que no se me atragante!)

MARTA. ¡Ay Dios mío, ayúdame!

MANEL. (Mirándola). (¡Que la ayude Dios!) (Va á hablar y se detiene).

MARTA. ¿Qué? Dilo. ¿Qué ibas á decir?

MANEL. (Apartándola). ¡Nada! ¡Nada!

MARTA. Habla una vez en tu vida. ¡Yo te lo pido por...!

MANEL. (Con ironía). ¿Por quién me lo pides?

MARTA. Por...

MANEL. Por... ¿él?... ¿Por quién? (Esperando á que ella hable). (¡Qué asco me da esta mujer!) (Levantándose). ¡Ea; fuera. Yo me vuelvo á mis montañas.

MARTA. No; Manelich, no. ¡Escúchame y perdóname!

MANEL. ¿Que te perdone? ¡Así te confunda Dios! ¡Habla! Di... ¿Qué te había hecho yo? ¿Por qué habías de engañarme á mí? ¿Por qué?

MARTA. ¡Porque yo no era nadie! ¡Porque no sabía más que obedecer! Yo no te conocía, ni tan siquiera te había mirado. ¡Yo no supe en jamás lo que era un cariño de verdad!

MANEL. Pues entonces, ¿por qué te has casado conmigo y no con aquel hombre? (Muy rabioso). ¡Dilo; que no lo sé! ¡Y me consumo! ¡Y por empeñarme en saberlo voy á volverme loco! (Corriendo hacia ella). ¡Vamos; dilo! ¿Por qué? ¿Por qué? Responde.

MARTA. ¡No! ¡Manelich! ¡No puedo decirlo! ¡Que me aborrecerías más de lo que me aborreces!

MANEL. ¡Aborrecerte! ¡Matarte es lo que yo tenía que hacer!

MARTA. ¡Ah! ¡Matarme sí! ¡Si es lo que yo quiero!

MANEL. ¡No, no! ¡Más vale que me vaya! ¡Que me vaya para siempre!

MARTA. (Rabiosa y deseando impedir que se marche). ¡Es que no te atreves á hablarme! ¡No! ¡No te atreves! ¡Es que me tienes miedo; me tienes miedo, cobarde! ¡Miedo! ¡Miedo! (Va detrás de él desesperada).

MANEL. (Parándose). ¡Qué! ¿Que yo te tengo miedo? (Al pararse él, ella cambia de tono y se echa á llorar).

MARTA. ¡Insúltame, Manelich! ¡Pégame! ¡Pero no te vayas! (Queriendo abrazarle las rodillas).

MANEL. ¡Aparta! ¡Suéltame! ¡Si todo esto es un charco de miserias! ¡Revuélcate en él! (Desprendiéndose de ella y dirigiéndose hacia la puerta. Ella cae, apoyándose con los brazos en el suelo).

MARTA. (Dice lo que sigue para detenerle, rabiosa, riendo y llorando al mismo tiempo). ¡Así me dejas con el hombre que quiero! ¡Por él, por él te he engañado á ti! ¡Y tú, ni tienes alientos para castigarme! (Ella va hacia él andando de rodillas. Manelich se detiene). (No se va, no). (Cambiando de tono y con súplica amorosa). ¡Manelich! (El ha dudado, pero

vuelve á irse. Ella vuelve al tono de antes). ¡Ah! ¡Y soy de-otro! Y tuya... no lo soy; no... lo soy...

MANEL. (Vuelve hacia ella amenazándola con el puño). ¡Calla!... ¡Calla!...

MARTA. (Satisfecha de que se encolerice y no se vaya). ¡Y te he engañado, y estoy muy contenta de haberte engañado! ¡Mira; me río de tí! ¡Como todo el mundo! ¡Oye, oye cómo me río! (Riendo como una loca). ¡Sí, sí! ¡Ahora mismo estoy esperando que venga el otro! (El corre hacia la mesa y coge el cuchillo).

MANEL. ¡Y ahora mismo te mato!

MARTA. (Sujetándole el brazo izquierdo). ¡Cá! ¡No me matas! ¡Y yo te engaño! ¡Te engaño! ¡Entodavía te engaño! (Ríe convulsivamente). ¿A que no me matas? ¿A que no?

MANEL. ¡No! ¡No quiero! ¡No puedo!

MARTA. (Al ver que se separa de ella). ¡Ah, cobarde! ¡Bien se ve que te has vendido por dinero! (Agarrados los dos y como luchando, resulta herida la Marta).

MANEL. ¡Maldita!

MARTA. (Satisfecha). ¡Ah! ¡Por fin!

MANEL. (Arrojando el cuchillo con espanto). ¿Qué es lo que he hecho, Dios mío?

MARTA. ¡Sangre! ¡Sangre mía! Y tú has sido, tú. (Se apoya en la mesa para no caer. Ríe frenéticamente). ¡Qué alegría, Virgen Santísima! ¡Qué alegría! ¡Ven aquí!... ¡Aquí has de dar el golpe! (Señalando el pecho.)

MANEL. (Apartándose con terror y llorando, cae en una silla). ¡No, no! ¡Déjame!

MARTA. ¡Pero si es que no puedo vivir de este modo! ¡Si es que he sido contigo la mujer más mala de este mundo! ¡Si no puedo deshacer lo que hice! ¡Esta vida... esta vida pasada! ¡Que tampoco puedo deshacerla, porque no hay fuerzas que la deshagan! ¡Ven... ven!... Que mientras pensaba en vivir no tuve ánimos para decirte lo que he hecho y lo que he consentido; pero ahora que me vas á matar, ahora sí te lo digo. (Se ha ido apoderando poco á poco del corazón de Manelich. El está sentado en una

silla baja, ella de rodillas en el suelo, casi en los brazos de Manelich).

MANEL. (Que ha procurado interrumpirla). ¡Pues dímelo!

MARTA. Á mí me han tratado como á una piedra suelta de una carretera, que se la da con el pie para que ruede ¡Mátame, mátame!

MANEL. ¡Si yo no te puedo matar!... ¡Marta, no puedo! ¡Porque te quiero... y te quería... desde allá arriba!... ¡Yo era un puñado de nieve de la que hay en los picachos, y me derretía mirándote! Y cuando, hace pocos días, bajaba de la montaña para casarme contigo, bajaba á saltos, como baja el agua de las cimas hasta dar en el agua del mar, que dicen que es amarga. ¡Que lo sea! Yo te quiero, no sé por qué. ¡Será porque me has engañado! ¡ó porque he sentido el calor de tu sangre! ¡Porque te he respirado á toda tú! ¡y te he respirado todo yo! ¡Yo no quiero más que besarte, morderte, tan hondo, que la mordedura te llegue hasta el alma! ¡Y apretarte en mis brazos con afán tan rabioso, que la vida se confunda con la muerte! ¡Como hombre y fiera! ¡Hombre y fiera, todo junto! ¡Y contigo y contra ti, y contra todos los de la tierra! (Mira hacia la cortina, como recordando lo de la luz, y se la lleva hacia la parte opuesta). Ahora, que vengan á quitármela. ¡Que prueben, que prueben!

MARTA. ¡Dios mío!

MANEL. (Cogiéndola en sus brazos y queriendo besarla). ¡Marta!

MARTA. ¡No!... ¡no!... (No consintiéndolo y huyendo de él).

MANEL. (Siguiéndola). ¡Marta!

MARTA. (Con energía). No. Perdonarme así, no. No quiero que me perdones de ese modo. (Pausa). ¡Tú me perdonas porque no lo sabes todo! ¡Y yo quiero que lo sepas! ¡Y lo has de saber por mí!

MANEL. ¡Sí! ¡Saberlo todo; pero no aquí abajo, Marta! ¡Que el cielo se ha enturbiado con estas miserias, y Dios no te vería la cara cuando hablases!

MARTA. Pues allá arriba, y ahora mismo.

MANEL. Pues vamos. ¡Que allá se perdona todo y no se corrompe nada! ¡Hasta los cuerpos se conservan en la nieve! ¡Conque mira tú las almas!...

MARTA. Pues vámonos, vámonos aprisa...

ESCENA IX

DICHOS y MOSEN; después, SEBASTIÁN

MOSEN. (Entrando). ¿Qué hay de nuevo?

MARTA. (Que iba á salir con Manelich). (¡Ah! ¡Mosen!... ¡Dios mío!)

MANEL. Pues á tiempo llegas. Mira, dile al amo que aquí le queda el molino... y que muchas gracias... y... y nada más. Oye... y que me llevo lo mío. Vámonos, Marta.

MOSEN. (Sin entenderle). Pero ¿qué es lo que te llevas?

MANEL. Bien claro lo he dicho: que me llevo á la Marta.

MARTA. Sí, sí.

MOSEN. Todo eso se lo contáis al amo, que ya ha vuelto. (A Marta).

MARTA. ¡Dios mío!... ¡Vámonos, Manelich!...

SEBAST. (Entra riendo). ¡Ya te encontré! Mira, Mosen; mira... ¡Pues no salía á recibirme! (Marta retrocede con horror).

MOSEN. (Riendo). ¡Claro!

MARTA. ¡Manelich, no te asepares de mí!

SEBAST. Mira tú, Marta, ¡vengo más contento! ¿Sabes? Se arregló mi boda. Esta misma noche llega el padre de mi novia. Ya puedes suponer á lo que viene: á echar una mirada á todo esto. (A Mosen). Pero ¿qué tiene esa? (Por la Marta).

MOSEN. (Riendo). Pregúntaselo á ella.

MANEL. Yo lo diré. Que me voy con la Marta.

SEBAST. (Corriendo á ella). ¡Marta!... ¿Qué dice éste?... ¿qué dice? ¡Contéstame!... ¡contéstame pronto!... (Cogiéndola por un brazo).

MARTA. Sí, que nos vamos.

SEBAST. ¡Marta!... ¡Marta!... ¡Rayo de Dios! (Sacudiéndola por un brazo).

MANEL. (Interponiéndose). ¡Señor amo!.... ¡mire lo que hace!... ¡Es la Marta!

SEBAST. (A Manelich). ¿Qué te has creído tú?... ¡Yo mando en ella!

MANEL. ¡Es mía!... ¡Es mi mujer!

SEBAST. (Riendo con ironía). ¿Tuya? ¿Tuya la Marta?

MARTA. ¡Sí que lo soy!

SEBAST. ¡Marta!

MARTA. ¡Se acabó todo! (Quieren salir Manelich y la Marta).

SEBAST. ¡Mosen!... Llama gente... ¡y que echen de aquí á ese hombre!

ESCENA X

MARTA, MANELICH, SEBASTIÁN, MOSEN, PEPA, ANTONIA, JOSÉ, NANDO y PELUCA

MANEL. ¿Y por qué me han de echar á mí?

SEBAST. ¡Porque aquí yo soy el amo! ¡Como siempre lo he sido! ¡Tu amo... y el de todos!... ¡Y de ella!... ¡de ella!...

MARTA. ¡No le escuches!... ¡Vámonos, Manelich!

MANEL. ¡Vámonos!

SEBAST. ¡Ah!... ¿Conque quieres llevártela?... ¡Toma, pillastre! (Le pega una bofetada).

MANEL. (Rabioso). ¡Ah!... ¡Á mí!...

MARTA. ¡Manelich!... (Con rabia). ¿Y tú lo sufres?... ¿Y te dejas pegar?

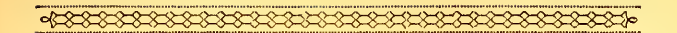
MANEL. (Llorando rabioso). ¡Qué rabia!... ¡qué rabia! ¡Si es el amo!

MARTA. ¡Ah!... ¡El amo!... Oye: ese, ese, ese que dices que es el amo, es el que me perdió á mí, Manelich. El que me perdió.

MANEL. ¡Sebastián! ¡él! ¿tú? ¡Ah! canalla, canalla, canalla. (Manelich se precipita furioso sobre Sebastián; pero antes de llegar á él le detienen los demás y á la fuerza le arrastran hacia la puerta.

MOSEN. (A los hombres). ¡Quitárselo!...
JOSE. (A los demás). ¡Que lo va á matar!...
MANEL. ¡Quiero sangre!... ¡sangre!... (Forcejeando para desprenderse).
SEBAST. ¡No le soltéis!...
MANEL. ¡Quiero su vida!... ¡su vida!... ¡La quiero!...
SEBAST. ¡Ella es mía!... ¡mía para siempre!
MARTA. ¡Manelich!
MANEL. ¡Mientes, mientes!... ¡Marta no es tuya! ¡Ah! ¡cobarde! ¡Ya te encontraré yo! ¡ya te encontraré!—*Telón.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ y NANDO

Están muy tristes. Hablan despacio. Al levantarse el telón se les ve callados y cabizbajos.

JOSE. ¡Nando! Créeme: ¡yo no estoy á gusto!... ¡Yo tengo algo aquí dentro!

NANDO. ¡No hables alto, que te puede oir la Marta!

JOSE. ¡Es que hemos hecho una acción muy negra!

NANDO. (Levantando la voz). ¡Sí que la hemos hecho! ¡La hemos hecho! ¡Que no sé cómo no se nos cae la cara de vergüenza!

JOSE. ¡No grites, hombre, que está la Marta descansando!

NANDO. ¡Nosotros hicimos mal en echar del molino á Manelich!

JOSE. Mal hicimos; pero ahora lo que tienes que hacer es callarte. ¡Hicimos lo que hicimos, por lo que lo hicimos! Que si no los aseparamos, con la fuerza que llevaba Manelich ahoga á Sebastián. (Mirando al exterior).

NANDO. Separarlos, bueno; pero no haber echado á Manelich como á un perro; que eso fué desajuntarle de mala manera de su mujer. Y lo que te digo es que ya no me pongo más del lado de Sebastián, y que en cuanto vea al Sebastián se las canto muy claras.

JOSE. ¡Bien pensado! ¡Que yo también se las quiero cantar muy claras! ¡Y si lo toma á mal, que lo tome!

NANDO. Aún anda por ahí fuera el amo, ¿no es verdad?

JOSE. Está con el Mosen dando vueltas alrededor del molino, así como muy desasosegado.

ESCENA II

JOSÉ y NANDO; PELUCA, que entra fatigado.

PELUCA. Ya estoy aquí. Y ¡vaya si he corrido!

NANDO. Pues ¿qué pasa?

PELUCA. ¡Y ahora me sale el amo con que he ido á paso de buey! Que hubiera ido él más aprisa...

JOSE. Pero ¿á dónde te mandó el amo?

PELUCA. No se lo digáis á nadie. Me mandó á que avisase á los guardias, y que les dijese de su parte que había echado á la calle á un hombre que se llama Manelich. «Y que le busquen á ese hombre, y que le vigilen, porque al echarle nosotros por orden del amo, se las había jurado, diciendo á gritos que le mataría.» Conque yo cumplí lo que me había mandado Sebastián. Y les dije á los guardias que era verdad; que yo le oí á Manelich jurárselas al amo.

JOSE. Pero ¿tú has dicho eso á los guardias?

PELUCA. Así mismo. De parte del amo, como él me mandó.

NANDO. Pues ya te has perdido. ¿No ves que te llamarán á declarar?

JOSE. Claro que te llamarán. Y tendrás que jurar delante de un santo Cristo. Y si tropiezas ó te atragantas, ya te has ganado la cárcel.

PELUCA. Es que yo he dicho que vosotros también estábais presentes. Y que lo habéis oído todo.

NANDO. A mí no me metas tú en esas cosas.

JOSE. Yo no estaba allí, ¿lo entiendes?

PELUCA. ¡Gallinas! ¡Mas que gallinas! Pues ea; yo tampoco estaba.

ESCENA III

JOSÉ, NANDO, PELUCA, y PEPA; después, ANTONIA

PEPA. (Viniendo del cuarto de Marta). ¡Que no gritéis! ¡Que no gritéis! Que Marta se ha quedado descansado un rato.

NANDO. (Bajando la voz). ¿Y cómo está?

PEPA. Pues no lo sé. La pregunto, y ella, unas veces llora como una Magdalena, y otras veces se pone furiosa que da miedo. Pero lo que es á mí no me contesta.

JOSE. Y ¿cómo te parece á ti que va á acabar todo esto?

PEPA. ¡Qué sé yo!

NANDO. Yo de ti se lo hubiera preguntado á la Marta.

PEPA. (Gritando). Pero ¿no te he dicho que ya se lo he preguntado y que no responde?

ANTONIA. (Desde la puerta del cuarto de Marta). Pero mujer, ¿qué gritos son esos?

JOSE. ¡Antonia; ven acá, Antonia! ¿A ti que te parece de estas cosas que pasan?

ANTONIA. ¡A mí!... Me parece que ya está todo arreglado... ¿No han echado á Manelich? Pues la Marta vuelve con Sebastián, como antes. Y Manelich vuelve con sus cabras... como antes... Y todo vuelve á quedar como antes.

PEPA. No digas esas cosas, Antonia. La Marta ya nunca más vuelve con Sebastián. Que esto yo lo sé. Y el otro, cuando le echásteis, dijo á gritos que había de matar al amo. ¡Que esto todos lo sabemos!

PELUCA. (Muy aprisa). No sabemos nada de todas esas cosas. ¡Que no sabemos nada!

NANDO. (Lo mismo). ¡Nosotros no hemos oído nada!

PEPA. Yo me vuelvo con la Marta, á ver si le pasó aquello y me cuenta algo.

JOSE. ¡Calláos, que viene Sebastián!

NANDO. Pues yo me hago el distraído.

ANTONIA. Y yo me escapo. (Se va hacia el cuarto de Marta).

ESCENA IV

ANTONIA, JOSÉ, NANDO, PELUCA y SEBASTIÁN; después, PEPA

SEBAST. ¡Antonia!

ANTONIA. ¡Es que voy hacer compañía á la Marta!

SEBAST. (Con mal humor). ¿No has oído que te llamo? ¡Ven aquí! ¿Cómo está aquélla?

ANTONIA. Está echada y está llorando.

SEBAST. Dile que venga, que estoy esperándola.

ANTONIA. Allá voy. (Vase).

SEBAST. (Sin reparar en los demás y sentándose aparte). (¡El padre de la otra que va á llegar á la masía! ¡No falta más si no que ahora se enrede todo por ese pillastre!) (En voz alta). ¡Hola! ¿Estáis aquí? ¡Ya habéis visto cómo se ha portado ese Manelich; después de haberle sacado de la miseria! ¡Eso tiene el hacer favores á bestias!

NANDO. No se puede hacer favores.

JOSE. (A Nando). Pues ¿no decías que ibas á hacer frente al amo?

NANDO. (A José). ¡Tú también lo decías!

JOSE. Sí que lo dije; y ahora verás tú.

SEBAST. (Aparte). Ella es aún peor que él. Porque él, al fin y al cabo... Pero la Marta... ¡Ah! ¡La maldita!... ¡La ingrata!...

JOSE. Nuestro amo.

SEBAST. (Dando un puñetazo en la mesa). ¿Qué?

JOSE. (Atemorizado). Nada... No decía nada...

SEBAST. Vosotros habéis sido testigos. (Riendo). Dijo que me mataría. Bien claro lo dijo. ¿No es verdad, muchachos?

PELUCA. Estos dicen que lo oyeron.

NANDO. Los que lo oyeron fueron esos.

JOSE. Yo... algunos días... estoy algo sordo.

SEBAST. (Aparte. Sin hacerles caso). Pero esa mujer que no viene. ¡Se ha empeñado en apurarme la paciencia!

NANDO. (A José). ¡Que no te atreves á decirle nada!

JOSE. (A Nando). Ahora verás. Y después tú. (A Sebastián). ¡Señor amo!

SEBAST. ¿Qué queréis? ¿Qué hay?

JOSE. Que ese Manelich... vamos... parece que es valiente. ¿Verdad, señor amo, que el chico es valiente?

SEBAST. ¿Valiente? Un pillastre y una bestia feroz.

JOSE. Eso... eso quería yo decir.

NANDO. (Adelantándose). (Ahora yo). Pues digo que Manelich...

SEBAST. ¿Qué?

NANDO. Que Manelich es lo que ha dicho mi hermano. Y de lo que ha dicho mi hermano no rebajo nada; eso, una bestia feroz; y no rebajo nada.

SEBAST. Bueno; dejadme. ¡Marta! (Llamando).

JOSE. (Aparte á Nando). ¡Cuando yo me pongo á hablar...!

NANDO. (Aparte á José). ¿Pues y yo? Yo no me quedo atrás.

SEBAST. No espero más. ¡Marta!

PEPA. (Desde la puerta). La Marta... no puede venir.

SEBAST. Es que yo lo mando.

PEPA. Es que la pobre está muy trastornada, y está afligida de verdad; y vamos... que nó quiere venir.

SEBAST. Pues á la fuerza.

PEPA. ¡Señor amo!

SEBAST. ¡Aquí, aquí! ¡Pronto! Vosotras adentro, á traerme á la Marta. (Antonia y Pepa, hablando acaloradamente, se van hacia el cuarto de Marta).

JOSE. (A Nando). A mí me parece que nosotros debemos marcharnos.

NANDO. (Aparte). Lo mejor es quitarse de en medio. (Los hombres se van por el foro. Las mujeres se quedan protestando todavía en la puerta del cuarto de Marta).

ESCENA V

SEBASTIAN y MOSEN

SEBAST. ¡No parece sino que todos se han empeñado hoy en que yo me pierda!

MOSEN. (Entrando). Sebastián, ya me tienes aquí.

SEBAST. ¿Qué pasa? ¿Vienes de la masía?

MOSEN. ¡Suceden cosas muy graves en tu casa!

SEBAST. ¿Aún hay más? Hoy voy á volverme loco. ¡Habla!

MOSEN. ¡Ha llegado el padre de tu novia!

SEBAST. ¡Condenado de hombre!

MOSEN. Vamos allá.

SEBAST. Ya iré, ya. Para mí ella es antes que todo en este mundo.

MOSEN. ¡Parece mentira! ¡Lo que fuiste y lo que eres!

SEBAST. (Furioso). ¡Vete de aquí! ¡Digo que te vayas!

MOSEN. ¡Ciego! ¡Mas que ciego! Ese hombre sospecha todo lo que está pasando. Que la boda de Marta no ha sido más que una farsa; que por celos echaste del molino á Manelich. ¡Sebastián! ¡Sebastián! ¡Ese hombre habla de que va ha deshacer tu boda con su hija! Si él viene aquí, lo has perdido todo.

SEBAST. Pues vamos, vamos.

MOSEN. ¡Gracias á Dios! ¡Eh, vosotros!

SEBAST. (José y Nando se asoman á la puerta). Os estáis ahí fuera. Y vigilar alrededor del molino... el caso es que nadie entre ni salga, ¿entiendes?

MOSEN. ¡Ahora, vamos!

SEBAST. Sí, vamos... pero... en cuanto pueda, vuelvo... Aunque se pierda todo. (Dice esto preparándose para salir).

MOSEN. ¡Ten cuidado! El Morrucho ha vuelto... se le ha visto hablando con Manelich... y ronda el molino... ¡Si vuelves aquí, le avisa á Manelich... y estás perdido!

SEBAST. ¡Qué me importa!... ¡volveré! (Vase).

ESCENA VI

JOSÉ, NANDO, PELUCA y TRABAJADORES; luego, PEPA y ANTONIA; después, NURI

NANDO. ¡Me parece á mí que al amo se le extravía el juicio!

ANTONIA. Déjala. (Saliendo del cuarto de Marta). ¡Pepa, déjala! ¡Lo que es yo, no me estoy más con ella!

PEPA. ¡Vaya una cara que tiene la Marta! ¡Y qué oscuro está esto! (Enciende una luz).

JOSE. (Volviendo desde la puerta). ¿Pasa algo? ¿Es que no sale esa?

ANTONIA. ¡Que no sale! ¡Y que no sale!

PEPA. ¡Que yo no la aguanto más! ¡Así como así, no cuenta nada!... ¡conque para qué hemos de estar!

ANTONIA. Ea, vámonos todos á casa.

JOSE. (Con cierto misterio). Nosotros no podemos movernos de aquí hasta que vuelva Sebastián. (Se oye llorar á lo lejos á la Nuri).

NANDO. (Que se había quedado cerca de la puerta). ¿No oís? ¿Parece que están llorando por ahí fuera?

JOSE. Sí que lloran.

NURI. (Entra llorando). ¡Vaya! ¡Que me he cansado de estar sola en casa! ¡Que no quiero estar más tiempo sola!

PEPA. ¡Pues ven, mujer!

JOSE. ¡Tiene razón la chica!

NURI. ¡Ya no os acordábais de mí! ¡Pobrecita de mí! Y todo se ponía oscuro, oscuro, y me daba miedo estar sola. ¡Ay, Dios mío! ¡Que entoavía tengo miedo cuando pienso en aquel miedo que tuve! ¡Y al venir, se me figuró que corrían tras de mí persiguiéndome! ¡Jesús mío! ¡Cómo he corrido, y qué cansada vengo! (Muy fatigada. Al final riendo entre lágrimas).

PEPA. ¡Calla y descansa!

NURI. Si no puedo callar. No puedo callar, porque tengo que contaros el susto que he pasado.

JOSE. Pues ¿qué ha sido?

NURI. ¡Ya veréis, ya veréis! Yo estaba preparando vuestra cena, y ya había puesto la olla á hervir. Y de pronto oigo una voz muy honda... pero muy honda, que venía no sé de dónde, y que decía: «¡Nuri! ¡Nuri!» Aquella voz... era propiamente como si saliese de un pozo! ¡Conque me encomendé á la Virgen, y aún tuve alientos para cerrar la puerta de la calle! Pero no por eso dejé de oir la voz que, desde lejos, seguía diciendo: «¡Nuri! ¡Nuri!» ¡Yo me pensé que si aquella voz desconsolá no era la de un alma en pena, era la de Manelich que me llamaba: ¡Nuri! ¡Nuri! ¡Todavía siento escalofríos!

NANDO. Y después, ¿qué pasó?

NURI. Después no pasó nada. Ah, sí: la olla rompió á hervir. Pues no lo creeréis; cuando ya no oí nada más que el hervor de la olla, el miedo me entró con más fuerza. Conque ya no pude resistir más, y rompí á cantar, y me fuí á la puerta de la calle, y la abrí de pronto, y me eché fuera, y corriendo y cantando he venido hasta aquí. Que aquella voz «¡Nuri! ¡Nuri!» y una olla que hierve solita, dan mucho miedo. ¡Ay, qué miedo! (Corre á esconder la cabeza sobre el pecho de Antonia).

ANTONIA. ¡Anda, chiquilla, que me has asustado á mí también!

NURI. (Apartándose de pronto de Antonia). ¿Dónde está la Marta?

ANTONIA. Echada está.

NURI. ¡Pobrecilla! (Mira á todos; pero ninguno se atreve á sostener la mirada). Y ¿dónde está Manelich?

PEPA. ¡Por ahí estará!

NURI. ¿Por dónde?

NANDO. Pues por ahí dentro.

PEPA. Se habrá quedado dormido.

JOSE. Eso: dormido. (Todo esto lo dicen llenos de confusión).

NURI. Me decís todo eso de una manera...

ANTONIA. Pues ¿cómo quieres que te lo digamos?

NURI. Y ¿por qué no volvéis á casa? (A los hombres).

JOSE. Verás tú. Esperábamos... pues esperábamos...

NANDO. Á Sebastián, porque quiere que nos quedemos aquí vigilando...

NURI. Y ¿qué habéis de vigilar?

JOSE. Lo que á ti no te importa, chiquilla. (Los otros indican lo mismo).

NURI. ¡Ay, Dios mío! (Pausa). Yo quiero ver á Manelich. ¡No está! (Corre al cuarto de la derecha).

PEPA. (Deteniéndola). No grites.

ANTONIA. (Lo mismo). ¡Á dónde vas!

NURI. Es que quiero verle. (Golpeando con los pies). Quiero verle. (Entra Peluca sin llamar la atención).

NANDO. (Riñéndola). ¡Chiquilla!

NURI. ¡Pues entonces voy á llorar! ¡Porque al Manelich le ha pasado algo muy malo!

PEPA. ¡No llores! ¡no grites! (Todos quieren hacerla callar).

NURI. ¡Es que me pienso... que se ha muerto, que le habéis matado á fuerza de penas!...

JOSE. ¡No seas simple! ¡que nosotros no matamos á nadie! ¡No hemos hecho otra cosa que echarle de esta casa! ¡Y bien arrepentidos estamos!

NANDO. ¡Del todo! (Todos indican lo mismo).

NURI. ¡Ay, qué alegría! ¡Pues entonces puede volver!

JOSE. Pero ¿qué dices, chiquilla?

NURI. Pues que voy á llamarle.

NANDO. ¡Si el amo no quiere que vuelva!

NURI. ¡Dejadme! Que me dejéis, digo.

ESCENA VII

NURI, PEPA, ANTONIA, JOSÉ, NANDO, PELUCA y MARTA

MARTA. ¡Nuri! (Desde la puerta del cuarto).

NURI. (Corriendo hacia ella). ¡Marta! ¡Ay! ¡La Marta!

MARTA. (Abrazándola). ¡Nuri! (Se adelanta apoyada en ella).

NURI. ¡Pobrecita Marta! ¿Sabes tú eso del Manelich? ¡Pues le han echado... le han echado, como si no fuera nadie!

MARTA. ¡Ya lo sé, Nuri! ¡Ya lo sé! Ayúdame á andar, hija.

PEPA. ¡Nosotras te ayudaremos!

MARTA. No; apartáos vosotras.

JOSE. Nosotros... ¿sabes tú? no hicimos más que obedecer.

MARTA. (Llorando). ¡Sí! ya sé que vosotros no hacéis más que obedecer. ¡El odio que siempre me habéis tenido y las burlas que habéis hecho de Manelich, no ha sido más que por obediencia! Pues Manelich no os había hecho nada malo.

NURI. No llores, no. (Se seca los ojos y se los seca á Marta).

MARTA. Y ahora, ¿por qué no queréis que la Nuri le llame? ¿Qué mal hay en esto? ¡Si lo que yo quiero es irme con él; con mi marido! ¡Subir por la montaña arriba, hasta donde no encontremos gente! ¡Que en no habiendo gente, nadie se reirá de nosotros! Y si en llegando al picacho más alto todavía llegasen allí vuestras risotadas, subir aún más, y en cuanto que llegásemos á donde está Dios, nadie había de reirse de nosotros, que allí se quiere y se perdona.

NANDO. (A media voz). Pues á mí se me figura que tiene razón.

PEPA. (A los otros). ¡No sé por qué habíais de hacer lo que habéis hecho!

PELUCA. ¡Pobre mujer!

NURI. (Llorando). ¡Ves, Marta!... Pues si casi están llorando por ti. Si todos te quieren. ¿No es verdad? ¡Ven conmigo: te juntas con él, y os vais los dos!

MARTA. Sí; eso sí: con él.

NANDO. Pero es que eso... no puede ser.

JOSE. Si no fuera por Sebastián... pero está Sebastián por medio, y no puede ser.

MARTA. Ya ves tú, Nuri, que no me dejan salir.

NURI. ¡No le sabéis decir nada para consolarla! ¡Ven, y déjalos! (Llevándosela á un lado).

NANDO. (A los otros). Pues yo me voy; que me da mucha pena ver á esa pobre mujer.

ANTONIA. ¡Y á nosotras también!

JOSE. ¿No nos dijo el amo que podíamos vigilar desde fuera? Pues vámonos afuera.

PEPA. Sí; vamos.

NANDO. Oye tú, Marta. Si quieres, puedes cerrar, que nosotros no te estorbaremos. (Van saliendo todos cabizbajos).

ESCENA VIII

MARTA y NURI

MARTA. Tú, no te muevas, Nuri.

NURI. No; yo contigo. Nadie te quiere más que yo. (Riendo con tristeza, como si hablara á una niña). Así: las dos solitas. ¿Quieres que cierre?

MARTA. Sí; cierra, cierra. (Nuri cierra la puerta).

NURI. Ya está. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Quieres que hablemos de Manelich? (Riendo con cariño).

MARTA. ¡Ay, Nuri! ¡Que me estoy muriendo de angustia! ¡Estas paredes parece que se me caen encima! ¡Y detrás de ellas me figuro que está Sebastián! ¡Cierro los ojos para no verle, y todavía me creo que ha entrado, que está delante de mí, y que me sujeta, y que me arrastra, y que me lleva con él! ¡No; eso no! ¡Yo quiero salir de aquí! ¡Nuri! ¡Quiero irme con Manelich! ¡No sé dónde está; pero como pudiera escaparme, ya le encontraría!

NURI. Pues oye, Marta, te digo la verdad: que yo no entiendo nada de eso, ni sé por qué no te dejan salir los de casa. ¿No es esta tu casa? Pues ¿qué tienen que ver ellos contigo?

MARTA. Los de tu casa son unos...

NURI. No lo digas, Marta; no lo digas. ¡Ya lo sé yo! Pero ¿qué quieres? ¡Son los de casa... y no lo digas! (Con mucha tristeza).

MARTA. (Abrazándola). ¡Te quiero mucho, Nuri!

NURI. Pues yo estoy muy rabiosa conmigo misma. ¡Tan rabiosa estoy, que me daría de cachetes!

MARTA. Y ¿por qué, Nuri?

NURI. Porque no sé cómo me las podría arreglar para hacer que te escapases en seguida. Pero en seguida.

MARTA. ¡Eso, eso!... Porque si viene Sebastián... ¡Que no venga, Dios mío! ¡Que no venga! (Esto de Sebastián lo dice aparte, y después esconde la cabeza entre las manos).

NURI. Oye tú, Marta: ¿quién sabe más en el pueblo? ¿No es el señor cura? Pues yo quisiera saber tanto como el señor cura para buscar el modo de que te escapases.

MARTA. (Mirando hacia la puerta). Y todos esos estarán ahí fuera, sentados bajo el cobertizo y en la puerta del molino, cuidando de que no me escape. ¡Asómate, Nuri! ¡Asómate!

NURI. (Dando patadas en el suelo. Después de asomarse con precaución). Sí, sí; ahí los tienes: los de casa, ¡y han puesto una luz cerca de la puerta para que si te escapas te dé la luz y verte!...

MARTA. ¿Lo ves tú? No puedo marcharme... no puedo.

NURI. Espera, mujer. (Pensativa, y luego alegre).

MARTA. ¿Qué quieres decir?

NURI. Que me abraces, mujer, porque ya lo he cavilado, porque al fin te vas á escapar de aquí.

MARTA. ¡Yo! ¡Nuri!

NURI. (Riendo, y como si hablase con una niña). ¡Mírenla! ¡mírenla! ¡Qué contenta se pone! ¡Ay, pobrecita mía de mi alma!

MARTA. Pero si no puede ser. ¡En cuanto salga me ven!

NURI. No hables alto; cállate, mujer. Cuando digo que te vas á escapar... ¡Y soy yo, soy la Nuri, la que hace que te escapes! ¿Se lo dirás á Manelich? ¿verdad que he sido yo? Pues cuando le veas, has de decirle que me acuerdo mucho de él: y cuando bien á bien pueda, que me mande á decir si se acuerda de mí. ¡Ay, Virgen Santísima! ¡Estoy más contenta!...

MARTA. Pero ¿cómo puede ser eso, Nuri? (Sin creerlo).

NURI. Veras tú. Salgo de aquí, y en cuanto salga, vuelves tú á cerrar. Pues yo voy y me meto entre mis hermanos y los que están con ellos: y me pongo á retozar y á jugar con todos; la noche está muy oscura; tú apagas esa luz. (Riéndose). ¿Me entiendes ahora?

MARTA. ¡No, hija, no! Explícalo más claro.

NURI. Pero qué tonta eres, Marta. Yo, jugando con ellos, doy un tropezón con la luz, y la apago: y el cobertizo se queda todo negro. Ellos entran en el molino á encender la luz otra vez: y yo sigo enredando y riendo, y dándoles empujones; y tú, entretanto, abres esta puerta y te escapas.

MARTA. ¡Ay, sí, Nuri... eso, eso... en seguida!

NURI. Pues me voy, y al avío.

MARTA. (Con angustia). Espera. ¿Cómo sé yo cuando debo salir?

NURI. ¡Es verdad!... ¿Pues cómo lo sabes tú?... ¡Qué demonio de tropiezo! ¡Ah, sí; ya está!... Yo daré una gran risotada, bien fuerte.

MARTA. ¡Diste en ello: anda corriendo, Nuri!

NURI. Pues dame un beso.

MARTA. ¡No basta uno, no; toma... toma... (Besándola.) y que Dios te lo pague!

NURI. Pues hasta... ¿hasta cuándo diré? Hasta la risotada.

MARTA. Adiós: deprisa. (Marta abre la puerta. Se oye la conversación de los que están fuera. Sale Nuri, y al entornar Marta la puerta, Nuri vuelve asomar la cabeza).

NURI. Que no se te olvide lo de Manelich: que si se acuerda de mí.

MARTA. Sí, sí. ¡Qué buena es, Dios mío, qué buena!

ESCENA IX

MARTA

¡Hay que esperar! ¡Hay que esperar! (Coge un pañuelo de la cabeza). Me parece que hace un año que espero. (Anda por la escena agitada). ¡Ay, Manelich! (Pausa). ¡Ah! ¡La luz! ¡Ya se me olvidaba! (Apaga la luz). Así no me verán cuando abra la puerta. (Queda la escena iluminada por el fuego del hogar). ¿Y si me fuese por allí? (Señalando á su cuarto). No. ¡Si también habrán puesto gente! Y además, ¿quién sabe? Puede ser que por allí venga Sebastián.

¡Virgen Santísima! No, no: lo que ha dicho Nuri es lo mejor. ¡Dios mío! ¡Me ahogo! ¡Se me acaba el aire! (Se sienta, y luego se levanta y se acerca á la puerta). Aquí cerca; ¿á ver si se oye algo? A ellos sí les oigo; pero á ella no... Ahora, ahora habla ella; pero reir no se ríe nadie. ¿Por qué no se ríe Nuri, Señor? ¿Por qué? A reir; á reir todo el mundo. ¿Será que no la dejan apagar la luz? ¡Ay, Virgen Santísima, ayúdanos! (Suena una carcajada. Después otra más estrepitosa). ¡Ahora!... ¡por fin! ¡fuera! ¡á ver si me alcanzan! (Abre la puerta y da un grito. Vuelve corriendo). ¡Ah!

ESCENA X

MARTA y SEBASTIAN

SEBAST. (Desde la puerta). ¿Quién hay aquí?

MARTA. (En voz baja y aterrada). ¡Ah! ¡Sebastián!

SEBAST. ¿Quién es el que salía? ¡Ah!... ¿eras tú? ¿A dónde ibas?

MARTA. (Aparte). ¡Dios mío, ampárame!

SEBAST. (Cogiéndola por un brazo). ¿No oyes que te pregunto á dónde ibas? ¡Responde! ¿A dónde ibas á estas horas?

MARTA. ¡Déjame! Digo que me dejes. (Procurando desprenderse).

SEBAST. ¡Cómo tiemblas! ¡Si estas muerta de miedo! (Soltándola con desprecio). ¡Anda allá, que me das lástima!

MARTA. (Aparte). ¡Quisiera morirme ahora mismo!

SEBAST. (Con risa sarcástica). Mira, quítate ese pañuelo de la cabeza, que te está delatando. (Ella se lo quita rápidamente. Sebastián se ríe.) ¿Ves mujer? ¿Ves como es verdad que te escapabas?

MARTA. (Volviéndoselo á poner rabiosa). Pues sí que me escapaba, y nadie puede detenerme.

SEBAST. (Sarcástico). Así me gusta; que te atrevas á decírmelo cara á cara.

MARTA. Déjame; d'jame marcharme.

SEBAST. (Riendo). ¡Si la oigo y me parece que no es ella! Que la deje salir...

MARTA. ¡No te rías, no te rías, Sebastián!

SEBAST. ¡Que no me ría! Pues ¿qué quieres que haga? ¿Vale más que te haga pedazos y que te apisotee? ¡No, mujer! ¡Más vale que me ría!

MARTA. ¡Pues vete tú, ó mátame si no!

SEBAST. ¿Conque que te deje salir... ó que me vaya, ó que te mate? Pues mira, sal. (Va hacia la puerta y la cierra).

MARTA. ¡No; eso no! ¡Abre, por Dios, abre!

SEBAST. ¡No! ¡Aquí encerrados tú y yo; los dos solos! ¡Aquí se acabó el mundo para nosotros! ¡Y todo lo del mundo, tierra, y cielo, y todo, está aquí dentro!

MARTA. (Retrocediendo). ¡Dios mío! ¡Jesús mío!

SEBAST. ¿Por qué te has vuelto conmigo tan mala, tan desagradecida y tan perversa!

MARTA. ¡El infame! ¿De qué te he de estar agradecida yo? ¿De qué? ¿De que me arrastrases por el suelo hasta hacerme renegar de Dios? ¡Y me dejas con vida sólo para volverme á perder más de lo que estaba! Te digo que eres un ladrón y un infame. Te lo digo, te lo digo.

SEBAST. (Suplicante). ¡Marta! ¡Dime lo que quieras! ¡Maltrátame! Pégame. Pero no digas que me aborreces.

MARTA. ¡Sí que te aborrezco, sí!

SEBAST. (Tapándole la boca). ¡Calla! ¡Calla! Tú me quieres. ¡Me tienes que querer! ¡Porque yo lo he sacrificado todo por ti! ¡Porque yo he sufrido como un condenado trayéndote á ese hombre! Lo que no consiento es que digas que le quieres á él. Eso, no; eso, no. (Solloza desesperado con la cabeza entre las manos y los codos en la mesa).

MARTA. ¡Que no te diga que le quiero! ¡Que te da mucha pena! ¡Gracias á Dios que me has dado alguna alegría en este mundo! ¡Sí; le quiero con toda mi vida, con toda mi sangre, con toda mi alma le quiero!

SEBAST. (Acercándose á ella), ¡Calla!... ¡Calla!

MARTA. ¡Hasta que me ahogues he de estarlo repitiendo. Pues si es lo único que puedo decir en este mundo sin que me dé vergüenza!

SEBAST. ¡Que calles te he dicho!

MARTA. ¡Si es que tengo que defenderme! ¡Por él! ¡Por él! ¡Nada más que por él! ¡La Marta no vale nada; pero la mujer de Manelich vale mucho!

SEBAST. ¡Te has propuesto perderme, y lo has conseguido! Lo has conseguido, porque yo no te dejo. Ni te dejo, ni por nada de este mundo te entrego á ese hombre, ¡que sólo con nombrarlo tú se me envenena la sangre y me abraso por dentro!

MARTA. ¡No te oigo; no quiero oirte!

SEBAST. ¡Fuiste mía, eres mía, y serás mía!

MARTA. ¡Que antes se abra la tierra y me trague!

SEBAST. Pues que se abra y nos trague. Y si hemos de condenarnos, que nos condenemos juntos.

MARTA. ¡Déjame! ¡Calla!... ¡Manelich!...

SEBAST. ¡No le nombres!

MARTA. ¡Manelich!...

SEBAST. Tú vienes conmigo.

MARTA. ¡Si me llevas hecha pedazos, puede ser que vaya! ¡De otro modo no!

SEBAST. Pues sí. (Riendo brutalmente y cogiéndola).

MARTA. ¡No! ¡Digo que no! (Resistiéndose, agarrándose á los muebles; después, á la pared).

SEBAST. ¡Si así me gustas más! Cuando estás rabiosa.

MARTA. ¡Suelta! (Se desprende de él y corre hacia el centro).

SEBAST. ¡Mira que voy á perder el juicio!

MARTA. ¡Si te acercas á mí, ya que no pueda matarte, te araño y te escupo! ¡Conmigo te atreverás tú; con Manelich, no!

SEBAST. ¡Con él y contigo, y con los dos me atrevo!

MARTA. ¡No! ¡No te acerques! ¡Manelich!

SEBAST. Ahora verás.

ESCENA XI

MARTA y SEBASTIAN; MANELICH, por la puerta del cuarto de Marta.

MANEL. ¡Ahora veremos todos!

MARTA. ¡Manelich! (Abrazándose á él).

MANEL. ¡Marta! (Abrazándola).

SEBAST. (Rabioso). ¿Por dónde has entrado?

MANEL. Por donde entrabas tú. ¡Por tu puerta de amo y de ladrón! ¿Qué te pensabas? ¡Te acechè! ¡Te seguí! ¡Arrastrándome, llegué á la pared! ¡Y con los dedos y las uñas subí por ella! ¡Y ya estoy aquí! ¡Y ya estamos solos! ¡Y ya estamos cara á cara!

SEBAST. ¡Vete de aquí, ó si no...!

MANEL. (Riendo). ¡Que me vaya! ¿Pues no se cree que aún manda en mí? ¡Eso, eso; eso se piensa Marta! ¡Que yo soy el que pasa por todo! ¡Pues no; ahora el que manda soy yo! ¡Y ahora vas á ver cómo yo soy el amo!

SEBAST. ¿El amo tú? Vas á verlo. (Se dirige hacia la puerta).

MARTA. (Comprendiendo la intención). ¡Manelich!

MANEL. (Interponiéndose). ¡No sales, cobarde! ¿No te he dicho que estamos solos tú y yo? ¡Que vengo por esa; es mía! ¡Y que vengo por tí; como que vengo á matarte!

SEBAST. ¡A mí! ¡Tú á mí!

MANEL. A ti, á ti.

SEBAST. ¡Es que yo también sé matar hombres!

MANEL. Y yo lobos. ¡Ahí tienes á la Marta! ¿No la querías? ¡Ahí la tienes! ¡A disputármela; con sangre se gana! (Sacando el cuchillo).

SEBAST. ¡Ah, cobarde! ¡Que llevas armas!

MANEL. ¡Me basta el corazón! El arma me sobra. (Tira el cuchillo).

MARTA. ¿Qué haces?

MANEL. (A Sebastián). Ya estamos iguales. ¿Qué esperas?

SEBAST. Vas á verlo. (Queriendo coger el cuchillo: en el momento en que

va Sebastián á coger el cuchillo, se adelanta Manelich y se agarran: ha de conocerse la intención de Sebastián, pero al agarrarse los dos no debe estar encorvado Sebastián).

MARTA. ¡Ah!

MANEL. Querías cogerlo. ¡Cobarde!

SEBAST. ¡Maldito!

MANEL. Y ahora todo se acabó para ti. (Luchando).

MARTA. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MANEL. ¡Infame! ¡Cobarde! ¡Canalla!

SEBAST. ¡Me ahogo!

MARTA. (Cayendo de rodillas). Santísima Virgen.

MANEL. ¡Ni puedes defenderte, ni sabes, ni te valdría! (Balanceando á Sebastián, que ya no se mueve). ¡Acaba de morir! ¡Y muere de cara á ella! (Le arroja al suelo á los pies de Marta).

MARTA. (Levantándose horrorizada). ¡Ah! ¡Jesús!

MANEL. ¡Ahí lo tienes! (Abriendo la puerta). ¡Aquí todos! ¡Ea, todos!

ESCENA ÚLTIMA

MANELICH, SEBASTIAN, MARTA, PEPA, ANTONIA, JOSÉ, NANDO, PELUCA y otros. Marta medio caida sobre una silla.

NANDO. ¿Qué pasa?

MANEL. ¡Que os llamaba el amo!

JOSE. ¡Muerto!

PEPA. ¡Jesús!

MANEL. Reirse; reirse vosotros. Vámonos de la tierra baja.

MARTA. Sí, sí. Pronto; llévame.

MANEL. Apartarse. Apartarse. Maté al lobo. Maté al lobo.

FIN DEL DRAMA